

Percepción social del riesgo: una mirada desde las espacialidades.

Espacio doméstico en la vereda San Agustín, Andes (Antioquia)

Paola Andrea Salazar Alzate

Trabajo de grado para optar al título de antropóloga

Asesora

Claudia Patricia Puerta Silva

Doctora en Antropología Social y Etnología

Universidad de Antioquia

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Departamento de Antropología

Medellín

2018

Contenido

1. Introducción	7
2. Problema	8
3. Pregunta de investigación	13
4. Objetivos	13
5. Metodología	15
5.1. Consideraciones éticas	17
6. Marco de referencia del problema	19
6.1. Antecedentes de investigación.....	19
6.1.1. Avenidas torrenciales	19
6.1.2. Percepción del riesgo.....	20
6.1.3. Espacio doméstico.....	22
7. Marco teórico	25
7.1. La percepción social del riesgo: aportes desde los diferentes enfoques de las ciencias sociales para contribuir a la comprensión de las reacciones de individuos y comunidades ante eventos naturales	25
7.2. El espacio doméstico: materialización de la vida cotidiana	29
7.3. Los ciclos hidrosociales: más que ríos, agentes vivos	30
8. Descripción de resultados	32
8.1. Producción del espacio: de lo global a lo local	32
8.1.1. El monocultivo de café: productor y transformador del espacio doméstico	37
8.1.2. La producción del espacio doméstico en la vida cotidiana de los habitantes de la vereda San Agustín, Andes.....	42
8.2. La percepción social del riesgo desde los discursos individuales, colectivos e institucionales de los habitantes de la vereda San Agustín	49
8.2.1. Percepciones del riesgo asociada al tiempo.....	58
8.2.2. Instituciones encargadas de prevención de riesgos y desastres naturales	63

9. Consideraciones finales	72
10. Referencias bibliográficas	78

Índice de figuras

Figura 1 Área del municipio de Andes, Antioquia	16
Figura 2 Plan Básico de Ordenamiento Territorial de Santa Rita (Andes, Antioquia)	17
Figura 3 Tabla de cuencas y sub-cuencas del municipio de Andes.	18
Figura 4 Aislamiento de la casa típica cafetera	40
Figura 5 Jaime Ossa y su hija Valeria arriando mulas	43
Figura 6 Dibujo realizado para ejemplificar la zona donde se ubica la escuela de la vereda San Agustín	44
Figura 7 Casa campesina Cañada Honda	45
Figura 8 Escuela de la vereda San Agustín	50
Figura 9 Linimetro pintado por Corantioquia	52
Figura 10 En la casa de doña Blanca se observa el acceso construido hacia el cafetal	54
Figura 11 Línea de tiempo realizada con los habitantes de la vereda San Agustín convenio 1512-169 de 2015	57
Figura 12 Antigua casa de Lucía Carmona	58
Figura 13 Organigrama del Sistema Nacional de Gestión del Riesgo	63
Figura 14 Paso a la casa de Nancy en la vereda San Agustín	69
Figura 15 Casa de Juan Diego Ossa y Nancy Ballesteros, pluviómetro entregado por Corantioquia y la Universidad Nacional	73

Agradecimientos

Gracias a la antropología y a la Universidad de Antioquia, por abrir mi mente y permitirme tener una visión diferente y crítica del mundo, para, poco a poco en este caminar, irme encontrando con lo que soy hoy, y con las personas y momentos que me permiten ser.

A la Universidad Nacional de Colombia, en especial a la Escuela del Hábitat y a la profesora Elizabeth Arboleda, por acercarme a la temática de la gestión del riesgo. al permitirme participar como pasante en el convenio 1512-169 de 2015 Universidad Nacional-Corantioquia. En el marco de este se llevó a cabo el pre-campo de esta investigación donde me pude nutrir de experiencias en diferentes municipios de Antioquia, y de un equipo multidisciplinario que incluyó a profesionales y estudiantes de disciplinas como la antropología, ciencia política y geología para trabajar según las necesidades y particularidades de las poblaciones afectadas por la ola invernal, tanto en contexto de inundación lenta como en el de avenidas torrenciales, dando así una visión mucho más amplia de la problemática nacional que se vive en zonas declaradas de alto riesgo.

A Diana Foronda, quien, con todo su amor, me recibió en su casa como parte de su familia y, más que eso, se convirtió en mi co-equipera, en esa acompañante de viaje, permitiendo adentrarme en su vida y en la de su familia.

A cada uno de mis compañeros, que hicieron parte de este proceso como familiares o amigos, que llegaron bajo un mismo camino y con estas páginas cerramos un mismo ciclo.

A Cristian Ceballos, quien me llenó de impulso y fortaleza para empezar esta carrera; cuando yo sólo veía dificultades, él siempre veía oportunidades sin importar mis dudas, siempre estuvo ahí como pareja y como amigo para demostrarme que yo era quien ponía mis límites. Gracias infinitas por las alegrías y el apoyo que nunca tuvo un fin.

A Olga Lucía Alzate, mi mamá, porque sin ella nada tendría sentido y un fin; ha sido mi motor, mi apoyo y mi luz al llegar a casa.

Y, finalmente, gracias infinitas a mi asesora Claudia Puerta, quien tuvo la paciencia de leerme y releerme con todos mis errores, en quien encontré lucidez y claridad para todas mis dudas.

Este proyecto pertenece a la línea de trabajo de gestión del riesgo y se desarrolla en el marco del convenio de la Universidad Nacional de Colombia y Corantioquia, para la implementación de Sistema de Alertas Tempranas (SAT) en ocho municipios de Antioquia, a cargo de la Escuela del Hábitat de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia. Para este convenio, se formó un equipo multidisciplinar que incluye profesionales y estudiantes de disciplinas como la antropología, ciencia política y geología, con el propósito de trabajar según las necesidades y particularidades de las poblaciones afectadas por la ola invernal, tanto en contexto de inundación lenta como en el de avenidas torrenciales.

1. Introducción

De acuerdo con los abordajes más contemporáneos sobre los desastres y sobre el riesgo, este trabajo asume que, por un lado, los desastres no son naturales y, en cambio, son fenómenos en los que la participación antrópica es protagónica. Es una de las manifestaciones más dramáticas de la fragilidad de la relación que el ser humano ha establecido con su entorno natural, especialmente mediante el proceso de urbanización. En consecuencia, el riesgo es una construcción social en íntima relación con las acciones humanas sobre el entorno. De acuerdo al nivel de percepción del riesgo que se ocasiona con una acción, una persona o una población desarrollará acciones antrópicas que amplían o reducen el riesgo de desastres; sin embargo, dado que domina una visión antropocéntrica, es probable que los pobladores de un lugar no perciban el riesgo de sus acciones y consideren los desastres como naturales y ajenos. Asimismo, es posible que una población se sitúe en zonas de riesgo por otras condiciones estructurales que escapan a su control o que están siendo afectadas por acciones en otra escala, a esto se le considera una manifestación de la injusticia ambiental, pues las afectaciones negativas de acciones en otras escalas se distribuyen de manera inequitativa; el cambio climático y sus manifestaciones pueden ser ejemplo de esta última situación.

En cualquier caso, este estudio pretende enfocar la mirada en la cotidianidad de las personas, específicamente en las dinámicas socio-espaciales domésticas con el fin de identificar la incidencia de la percepción del riesgo: ¿esta percepción determina el diseño de las viviendas? ¿Las actividades diarias están informadas por la percepción del riesgo de los pobladores de San Agustín? ¿Cómo las instituciones responsables del manejo del riesgo participan en la configuración de estas dinámicas socio-espaciales cotidianas? En esta primera parte, se presentarán el problema, los objetivos y la metodología seguida para alcanzarlos. Luego se presentará una exploración teórica preliminar que sitúa este análisis en una corriente social del riesgo. Finalmente, están los resultados.

2. Problema

La temperatura a nivel mundial ha aumentado en los últimos años en un promedio de 0,75 grados centígrados con respecto a comienzos del siglo XX. Se evidencia así que se ha acelerado la velocidad del calentamiento del planeta. Como origen de estos cambios se atribuyen dichas alteraciones a la actividad humana representada en la tala de árboles, quema de combustible fósil, crecimiento demográfico incontrolado, entre otros (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2011).

Sin embargo, el cambio climático no sólo afecta la temperatura, sino que también incide en el comportamiento de las precipitaciones, en el nivel del mar y en la incidencia de desastres naturales. En este sentido, se incrementa la posibilidad de ocurrencia de fenómenos meteorológicos intensos tales como sequías, tormentas e inundaciones, lo que repercute en los índices de promedio de desastres por año a nivel global (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2011).

En Colombia, unas de las repercusiones más evidentes han sido los cambios en los períodos de lluvia con incrementos en las precipitaciones en algunas regiones del país como las costas y la región andina; esto revela las problemáticas ambientales que sufren los pobladores, tales como: las inundaciones y las avenidas torrenciales, las cuales dejan considerables daños tanto materiales como humanos.

Bajo este contexto, nace la Directiva Presidencial 03 de 2011 con la cual se pretende “superar la situación de desastre y emergencia económica, social y ecológica mediante el decreto 4580 de 2010, el Departamento Administrativo Nacional de Estadística DANE, en coordinación con las entidades y organismos que determinará el gobierno nacional”, así debía realizarse el Registró Único de Damnificados - Reunidos 2010-2011 (Directiva presidencial 03, 2011, p. 1).

Con la recolección de datos por parte del DANE, el Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales –IDEAM– y el Instituto Geográfico Agustín Codazzi –IGAC–, el reporte de áreas indudables fue presentado en agosto de 2011. Para Antioquia, se estudió el territorio en un 92.9% y se determinó que los impactos de la emergencia invernal afectaron el 33,2% del territorio por inundaciones (DANE, IDEAM e IGAC, 2011).

En cuanto a Antioquia, específicamente en las décadas de 1920-1999, se alcanzan a documentar 1.701 desastres naturales reportados; los deslizamientos son los desastres con mayor reporte con 769 casos, en segundo lugar, están las inundaciones con 297 casos y, por último, las avenidas torrenciales reportadas con 248 casos. Además, cabe aclarar que las avenidas torrenciales se presentan en las vertientes de las cordilleras Central y Occidental donde la topografía es abrupta. El municipio de Andes se encuentra en la vertiente de la Cordillera Central, la cual presenta un alto número de reportes: 99 avenidas torrenciales durante estas décadas, de las cuales 26 le corresponden al municipio de Andes (Restrepo, 2002; Polanco, 2005).

Andes

El municipio de Andes se encuentra a 117 km de Medellín por la vía Troncal del Café, ubicándose en la parte alta y pendiente de la Cordillera Occidental. Es una región predominantemente cafetera que cuenta con siete corregimientos y 63 veredas, con un total de 44.731 habitantes, siendo estos, en su gran mayoría, población rural con vocación agrícola.

Para este proyecto es de interés el corregimiento de Santa Rita, especialmente la vereda San Agustín, la cual cuenta con una población de 678 habitantes (Irene, 2012-2015). Este corregimiento se localiza a 12 km de la cabecera municipal hacia el suroeste, a la altura de 1.600 m.s.n.m. Esta zona está atravesada por los ríos San Juan y Santa Rita y, gracias a sus afluentes de agua, es una zona muy productiva (Irene, 2012-2015).

A principios del siglo XIX, esta zona empieza a presentar deforestación a cuenta de la explotación de sal, la cual se extraía por medio de evaporación en grandes hornos alimentados por madera. Otra de sus actividades económicas en este siglo fue la extracción artesanal de oro, pero ya en el siglo XX desaparece la actividad minera, llegando así la economía cafetera a la región, la cual se vuelve una de las más prósperas del municipio (Restrepo, 2002).



Figura 1. Área del municipio de Andes, Antioquia

Fuente: Google Maps.

En la actualidad, la caficultura es la principal actividad económica de la vereda San Agustín, siendo un monocultivo en la región. Andes se considera el mayor productor de café con una producción de 13.574 toneladas por año, lo cual implica prácticas que afectan al territorio como la deforestación y contaminación de fuentes de agua por la expansión de la frontera agrícola. Asimismo, genera consecuencias en los ecosistemas como la degradación del suelo, y la reducción en calidad y cantidad del agua, ya que los

ciclos hidrológicos son regulados localmente por los bosques y vegetación natural que recicla y conserva los cauces de los ríos. La remoción de la vegetación natural altera el ciclo de evapotranspiración, lo que determina una paulatina alteración de los regímenes hidrológicos. La destrucción de estos bosques ha traído consecuencias graves para las poblaciones menos favorecidas, debido a los riesgos en sus asentamientos por la inestabilidad de los ecosistemas: se presentan sequías, inundaciones, deslizamientos y avenidas torrenciales, lo cual trae afectaciones en infraestructura, y aspectos sociales y económicos (Irene, 2012-2015).

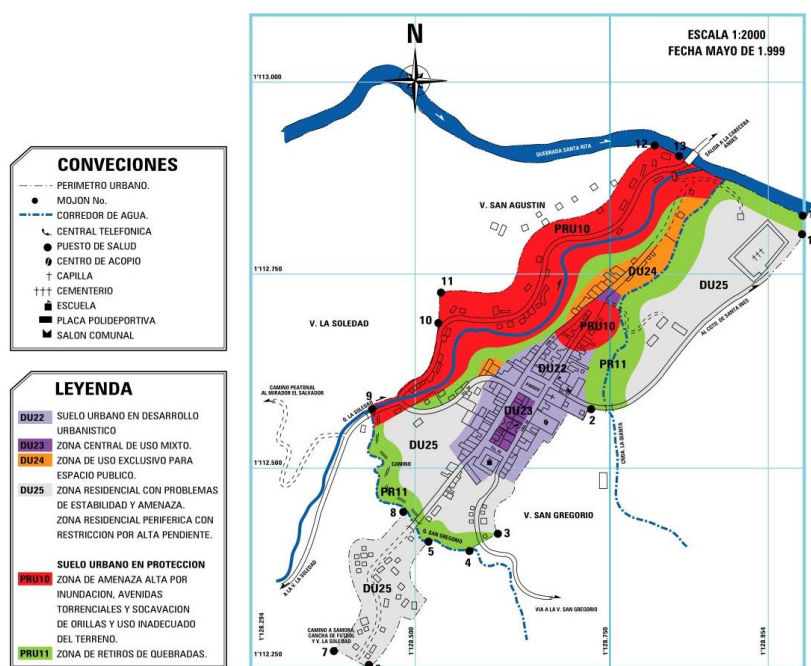


Figura 2. Plan Básico de Ordenamiento Territorial de Santa Rita (Andes, Antioquia)

Fuente: Plan de Ordenamiento Territorial del municipio de Andes, 2007.

En el *Plan de Desarrollo “Andes: inclusión, orden y progreso verde”*, se encontró que, en el apartado de prevención y atención a desastres, el municipio se clasifica como zona de alto riesgo debido a su ubicación sobre la Cordillera Occidental. Los puntos con mayor vulnerabilidad se presentan en los asentamientos y las llanuras de inundación de

los ríos Santa Rita, San Agustín y Tapartó (Alcaldía Andes, 2016) Por otro lado, en el POT se tipifica a la llanura de inundación del río Santa Rita como lugar de alto riesgo de avenidas torrenciales; allí se encuentra la vereda San Agustín. Por lo mismo, se ha generado un plan de reforestación a corto plazo, además de que se ha estipulado que no debe haber más de una vivienda por cada 57 m², por lo que predios menores a los metros estipulados no podrán ser parcelados (Alcaldía Andes 2007).

SUBCUENCAS	Cota desembocadura msnm	Cota de Nacimiento msnm	Longitud del cauce principal Km.	Area de la cuenca Ha	Perímetro de la cuenca Km.	Orden
Santa Barbará	1400	3700	15.8	79890	37.2	2
Santa Rita	1400	3600	19.9	10500	72.0	3
Chaparrala	1300	2800	15.4	3750	38.0	4
Tapartó	1200	4000	28.25	8425	61.4	3
Cañaveral	1200	2400	10.5	3507	27.5	2
San Bartolo	1300	2100	5.0	786	17.5	2
MICRICUENCAS						
La Esperanza	1000	1800	3.2	416	8.0	2
La Ciudad	1100	2200	7.5	1052	18.5	2
La Naranjala	1000	1600	4.0	532	10.5	1
Don Clemente	1200	1400	2.5	521	11.0	1
La Maquina	1200	1650	4.0	563	10.	1
Chaparralita	1200	1450	4.0	472	10.0	1
La Cristalina	1800	3000	7.5	1740	17.2	1
El Ródano	1800	2400	1.7	186	6.2	1
El Jordán	2000	2400	2.4	293	8.5	1
La Mesenia	2000	2800	4	1249		1

Figura 3. Tabla de cuencas y sub-cuencas del municipio de Andes

Fuente: Plan de Desarrollo 2012-2015 “Andes ciudad educadora”.

A partir de esta tipificación de la zona, los pobladores se han preocupado por la mitigación del riesgo, para lo cual han solicitado el apoyo de Corantioquia, ente encargado de la problemática ambiental que viene afectando a la región de cuenta de los monocultivos y malas prácticas en el manejo de residuos sólidos. Las consecuencias de estas problemáticas, han sido el desbordamiento de ríos y quebradas que afectan tanto a

la población como a sus enceres. Tanto pobladores como autoridades tomado acciones para generar una conciencia hacia el cuidado de sus fuentes hídricas, a partir de la observación de los cambios de cauce, olor o color del río, y de un buen manejo de los residuos sólidos, lo cual puede ayudar a mitigar los riesgos en poblaciones rurales que dependen de su ambiente para el sustento de sus hogares.

3. Pregunta de investigación

¿Cómo la percepción del riesgo se refleja en el espacio doméstico de los habitantes de la vereda San Agustín del municipio de Andes (Antioquia), en el contexto de riesgo por avenidas torrenciales?

4. Objetivos

Para esta investigación se plantea como objetivo general identificar las percepciones que tienen los habitantes de la vereda San Agustín sobre el riesgo, y su manifestación en el espacio doméstico y en las prácticas cotidianas relacionadas, para el cual se plantean tres objetivos específicos que guían el hacer y la búsqueda metodológica durante la recolección de información, donde surge una diversidad en los discursos sobre la percepción social del riesgo que varían según las experiencias previas de los individuos.

Como objetivos específicos me propuse: 1) Identificar entre los habitantes de la vereda San Agustín la producción del espacio doméstico y las prácticas cotidianas relacionadas, el cual se logró por medio de recorridos y visitas a las casas de la vereda. Se presentaron complicaciones por los tiempos de cosecha del café y los tiempos de los habitantes, dificultando la elaboración de la cartografía social, siendo replanteada, formulándose una observación no participante lo cual interfirió con el cumplimiento de dicho objetivo .2) Establecer las percepciones que sobré el riesgo tienen los habitantes de la vereda San Agustín, el cual se logró a través de las entrevistas realizadas en la vereda

dando como resultado diversos discursos y acciones que se llevan a cabo en el espacio doméstico. 3) Analizar cómo se manifiestan las percepciones del riesgo de los habitantes de San Agustín en el espacio doméstico, y en las prácticas cotidianas relacionadas.

5. Metodología

En la actualidad, los problemas relacionados con el medio ambiente y el calentamiento global están transformando las dinámicas de cientos de pequeñas comunidades rurales. Esta investigación se centrará en una vereda del municipio de Andes, en el Departamento de Antioquia, ubicada en la Cordillera Occidental. Esta cuenta con características geomorfológicas de alto riesgo de avenidas torrenciales. Allí ha incrementado la frecuencia de los fenómenos naturales, generando una preocupación constante en la población de la vereda San Agustín.

Esta preocupación evidencia que hay una o varias formas de percibir el riesgo dentro de esta comunidad. El objetivo principal de esta investigación es identificar cómo estas percepciones se materializan en su espacio doméstico y en la vida cotidiana, entendiendo esta última como las actividades del día a día que realizan los habitantes de la vereda San Agustín y que, a su vez, se construyen como resultado de las recurrencias de los individuos para alcanzar sus proyectos de vida tanto familiares como sociales (Villegas, 2011). Se asume que estas acciones del día a día se dan en un espacio que se “nutre de hechos y procesos dinámicos bajo la influencia de aspectos que provienen de condiciones externas al individuo, tales como: factores sociales, económicos, políticos y culturales en general, gestados en espacios y tiempos determinados con pluralidad de sentidos y simbolismos” (Fernández, 2014, p. 101).

Para acercarnos a la identificación de las distintas formas de percibir los riesgos, se hará uso de herramientas de la antropología en los diferentes momentos de investigación, ya que el trabajo se dividió en pre-campo, campo y post-campo, con el fin de distribuir tareas a lo largo de la investigación.

Durante el pre-campo se llevó a cabo la revisión bibliográfica con el propósito de buscar el contexto histórico y demás elementos que ayudaran a entender la realidad actual de los habitantes de la vereda. Se hicieron visitas de reconocimiento a la zona

para generar enlaces con los pobladores, quienes, por medio de la Junta de Acción Comunal y de su presidenta Nancy Ballesteros, accedieron a participar en la investigación abriendo las puertas de sus casas. Además, también interesó realizar la búsqueda de elementos que ayuden a identificar cómo se ha dado la construcción del espacio doméstico en este contexto.

En la fase de campo, la etnografía fue la principal metodología de trabajo. Esta es entendida como “el estudio descriptivo de la cultura de una comunidad, o de alguno de sus aspectos fundamentales, bajo la perspectiva de comprensión global de la misma” (Baztan, 1995, p. 3). Esta investigación utiliza la etnografía para indagar sobre las percepciones de los habitantes de la vereda San Agustín, a causa de vivir en una zona tipificada como alto riesgo de avenidas torrenciales. Para esto se hizo uso de instrumentos como la observación no participante y entrevistas semiestructuradas con los habitantes de la vereda y algunos de los administrativos encargados de los entes responsables de la gestión del riesgo en el municipio de Andes, como es el caso de Corantioquia, los bomberos, Defensa Civil y la alcaldía.

Durante esta fase es de vital importancia el apoyo y compañía de Diana Foronda, quien me acogió en su casa durante los días de trabajo de campo, permitiéndome evidenciar la rutina diaria de ella y su familia. Esto me permitió hacer reflexiones en relación a la vida cotidiana y la percepción del riesgo. En efecto, cada uno de nosotros, a lo largo de la vida, va desarrollando sus propias ideas acerca de los fenómenos naturales y sociales que le ha tocado vivir, llegando a conformar así esquemas mentales que integran las prácticas cotidianas que, en muchas ocasiones, pasan desapercibidas como actos sin importancia (Villegas, 2011), tanto para quienes los realizan como para el investigador.

Por otro lado, cabe anotar que para hacer evidente las prácticas de la vida cotidiana debemos reflexionar sobre cómo nosotros nos situamos frente a las acciones que realizamos día a día, para así entender que no son acciones aisladas, sino una construcción de nuestro entorno que va de lo individual a lo colectivo (Villegas, 2011).

Durante esta investigación me surgieron muchas preguntas; unas con respuestas y otras con sus respuestas aún perdidas. Una de estas ellas fue la que me llevó a situarme como un sujeto sensible y me hizo entender por qué este tema es tan cercano a mí, y descubrí que la relación está por el hecho de las experiencias durante mi infancia con el terremoto de Armenia, (Quindío), el cual sucedió el 25 de enero de 1999, y donde familiares y amigos perdieron sus casas o sufrieron fuertes daños estructurales que no les permitía seguir habitándolas. Ese dolor y angustia de mis seres queridos por sus pérdidas me hizo mucho más sensible al tema y me llevó a interesarme por las dos variables que toman fuerza en esta investigación como son la percepción social del riesgo y el espacio doméstico.

Este estudio tiene un carácter descriptivo ya que busca identificar y describir las manifestaciones materiales de la percepción del riesgo en el espacio doméstico bajo un contexto específico, como es el de riesgo por avenidas torrenciales. Durante esta etapa, la información recogida por medio de la etnografía se registró y sistematizó, para, luego en la fase de post-campo, triangular los datos recogidos a través de las notas de diario de campo y de entrevistas a diferentes fuentes, con el objetivo de verificar y comparar la información obtenida en diferentes momentos, con la bibliografía especializada, permitiendo así el análisis con base en categorías resultantes del campo.

5.1. Consideraciones éticas

Esta investigación aborda la percepción del riesgo como un hecho social, donde la cultura y el contexto son fundamentales para comprenderlo, pues la percepción es un factor diferencial que caracteriza las comunidades locales, implicando interpretaciones dinámicas sobre los peligros que las rodean; esto sólo se logra al interactuar con la realidad donde se cruzan creencias y emociones con las experiencias previas, lo que, a su vez, permite entender el espacio doméstico como un texto de la vida cotidiana para comprender la percepción social del riesgo cuenta partir de varios aspectos éticos, como

son la creación de lazos de confianza que permitan a los participantes narrar sus experiencias y opiniones libremente. Además, a todas las personas que participaron en esta investigación se les informó y pidió autorización para el uso de la información recolectada en campo, al no ser un tema con carga política o que pueda afectar en algún momento los habitantes de la vereda San Agustín autorizan el uso de sus nombres reales. Por tanto, no se utilizarán datos que no hayan sido expresamente autorizados por comunidades, organizaciones u otros actores, ni se recopilará información sin consentimiento previo.

6. Marco de referencia del problema

6.1. Antecedentes de investigación

En este apartado se hace referencia a algunos estudios sobre la percepción del riesgo asociado a diferentes variables: la migración, el apego al lugar, eventos disruptivos y vulnerabilidad; tomaremos en cuenta los estudios de la construcción social del riesgo en contraposición con los discursos institucionales, la cultura y el ajuste a las amenazas de avenidas torrenciales.

Por otro lado, se hará referencia a estudios sobre la construcción del espacio material y simbólico, desde dos variables como son la apropiación del espacio y la relación del espacio doméstico con el género, pues en estos se encontraron argumentos interesantes desde diferentes disciplinas, tales como la antropología, sociología y la arquitectura.

Cabe anotar que en la búsqueda de antecedentes en Colombia no se hallaron estudios que aborden simultáneamente las dos variables del objeto de estudio de esta investigación: percepción del riesgo y producción del espacio doméstico, y tampoco acerca del constructo de percepción del riesgo de avenida torrencial. La mayor parte de los estudios realizados acerca del tema han trabajado sobre inundaciones lentas en contextos urbanos, muy relacionadas al uso del suelo, desigualdad social y la capacidad de respuesta de las poblaciones.

6.1.1. Avenidas torrenciales

Investigaciones sobre avenidas torrenciales sólo se encontraron en el campo de las ciencias exactas, específicamente en la geología. Lo más cercano fue una tipificación

de las zonas de amenaza con una metodología cualitativa para la quebrada Doña María, localizada en el Departamento de Antioquia, entre los municipios de Medellín, Itagiú y la Estrella. Esta zona se encuentra en un área con una geomorfología de pendiente propensa a las avenidas torrenciales, por lo cual plantean la utilización de sistemas de información geográfica y ponderados de residuos, que les da como resultado la descripción de cuáles pueden ser las zonas con mayor impacto por la avenida torrencial (Montoya, Silva y González, 2009).

6.1.2. Percepción del riesgo

Acerca de los estudios hallados sobre la percepción del riesgo, se encuentran investigaciones orientadas a entender algunas variables que están vinculadas a la percepción que las personas tienen sobre el peligro y el lugar que habitan; además, se centran en la capacidad de ajuste y preparación que tienen las poblaciones hacia los desastres naturales. Como se planteó en el apartado anterior no se encontraron estudios en el contexto de avenidas torrenciales, estos estudios se han realizado en su gran mayoría en contextos urbanos de inundación lenta.

Evans (2004) realiza un estudio cualitativo en Hoover Dam a las afueras de Las Vegas, (Nevada), donde existe el pequeño balneario Willow Beach, a la orilla de un río, al fondo de un estrecho cañón inundable. Este balneario cuenta con pocos pobladores permanentes, y tiene una pequeña infraestructura para turismo, donde hay un parqueadero para 60 remolques, restaurantes y un motel. El problema es que esta zona es de alto riesgo de inundación y por más que se han dado los avisos, las personas que lo habitan se rehúsan a irse, aun sabiendo que están en riesgo. A partir de esta situación, la autora plantea dos variables fundamentales para el hecho de percibir el riesgo: los contextos temporales y espaciales. En cuanto a los temporales, se habla de la visión de futuro porque sin esta no tendría sentido percibir el riesgo, ya que no hay nada después del hoy. Esto se refleja claramente en la insistencia de los habitantes a permanecer en el

lugar, creyendo que los cambios ambientales ocurrirán lentamente, con movimientos incrementales o, por lo menos, predecibles.

Por otro lado, en estudios anteriores realizados en México (Verdugo, Armenta y Lomeli, 2003) se plantea que la percepción del riesgo está fuertemente vinculada al cuidado del entorno y que, de acuerdo al cuidado que se le dé, se podría prever lo que sucede si este llegara a deteriorarse. Esto se contrapone a lo propuesto por el estudio anteriormente citado donde los pobladores de las zonas de riesgo no cuentan con ninguna apropiación por su entorno. Como conclusión del estudio realizado en México, es mucho más fácil y económico capacitar a las poblaciones en la identificación y mitigación del riesgo a partir del fortalecimiento de instituciones encargadas de la mano de los habitantes en zonas de alto riesgo de desastres naturales.

A nivel regional, se encuentran estudios sobre lo ocurrido en el barrio Villatina de la ciudad de Medellín (Isaza y Barrera, 2007). Se hizo un estudio desde la percepción del riesgo de los sobrevivientes del desastre ocurrido en 1987, orientado hacia las políticas públicas y organizaciones comunitarias que llevaron a la reconstrucción del barrio, que hasta la fecha aún es habitado con mejores condiciones de cuando aconteció el suceso. Allí se plantea que la percepción del riesgo es un proceso cognitivo, emocional, interpretativo y evaluativo que hace que el individuo se haga una idea del entorno donde vive, se contextualice y tome conciencia del mismo (Isaza y Barrera, 2007, p. 18). Se habla de que las creencias populares los llevaron a ser más vulnerables, ya que desde los estudios técnicos se generó el aviso de la zona de alto riesgo de deslizamientos por medio del decreto en el Decreto 15 de 1985 (Isaza y Barrera, 2007, p. 19). Sin embargo, los pobladores no atendieron al aviso y aseguraron que se sentían tranquilos y que allí nunca había sucedido nada. Además, se plantean factores que afectan la percepción del riesgo como la exposición de las personas a experiencias anteriores de desastres naturales, las cuales determinan cómo se enfrentan a otros eventos desastrosos; sin embargo, quienes no los han vivido pasan por alto los efectos asociados a los riesgos por desastres naturales (Burton, 1964).

Siguiendo esta línea de investigación, Siegrist (2006) sugiere que las experiencias de los participantes que han vivido inundaciones están relacionadas con su percepción de los riesgos asociados a la ocupación de las aguas; las experiencias previas son el predictor de la percepción del riesgo con mayor importancia.

Otro hallazgo de esta investigación es que las personas participantes en la limpieza de la zona, después del desastre, perciben un mayor riesgo en contraste a quienes no han estado involucrados en estas actividades del restablecimiento de la zona. Además, la inmediatez y cercanía de un evento negativo de inundación tiene efectos en la percepción del riesgo y en la generación de comportamientos preventivos (Isaza y Barrera, 2007).

6.1.3. Espacio doméstico

En cuanto a los estudios encontrados sobre el espacio doméstico hay diversas variables de investigación. Una de estas variables es la preocupación por la apropiación del espacio doméstico en diferentes contextos urbanos con visiones desde la arquitectura, la antropología y la sociología, llegando estas a la conclusión de la importancia de las materialidades en la construcción del espacio para la vida social. A esta conclusión llegan otras investigaciones desde una variable muy distinta como es el género, que se pone de manifiesto en la relación de la mujer con el espacio doméstico, tomando suma importancia las narrativas y materialidades en la construcción de una identidad tanto individual como colectiva.

Sobre el espacio doméstico, se han encontrado investigaciones que apuntan a entender la apropiación del espacio en la clase media, de la ciudad de México. En un estudio realizado por Petit (2015) al interior doméstico de algunas viviendas de la delegación Benito Juárez de Ciudad de México, se toma el espacio doméstico como un campo de estudio interdisciplinario que confronta conceptos de la sociología y la antropología en un estudio cualitativo. Concluye que estos son espacios de negociación

con gran importancia en la estructura social, pues estos espacios constriñen y, a su vez, permiten la vida social, ya que es un espacio transformado en su aspecto interior y que es apropiado simbólicamente por quienes lo habitan. En estos espacios se generan rutinas y comportamientos identitarios tanto personales como colectivos.

Santamaría (2008) trabaja en esta misma línea de investigación sobre la apropiación del espacio doméstico. Este trabajo expone la forma en que los habitantes del barrio Moravia de la ciudad de Medellín se apropian del espacio arquitectónico durante el proceso de reasentamiento a partir de las materialidades y después de la entrega de las viviendas construidas por el Estado. Este trabajo concluye que las dimensiones físicas del hogar no están en la casa sino, ante todo, en los objetos domésticos; estos reflejan los escenarios de la vida doméstica y en ellos se ponen en escena las rutinas y rituales que hacen parte de esta. El hogar es, entonces, en donde se evidencian los modos de habitar.

Otro enfoque trabajado en los estudios del espacio doméstico, es el de las relaciones de género; se centran en la relación del espacio doméstico con la mujer y hacen una fuerte crítica a la inexistencia de esta en la historia de la arquitectura. Así, cuestionan el mundo y la vida en una relación dialéctica; la mujer es la gran ausente de la historia tanto en el espacio público como privado. Para Atxu Amann y Alcocer (2005), el espacio doméstico no es físico sino mental, poniendo en escena su flexibilidad al volverse un espacio homogéneo donde inciden las propuestas arquitectónicas que posibilitan la identificación de elementos simbólicos de la vida cotidiana.

En la misma línea de las relaciones de género como óptica del espacio doméstico, se encontró una investigación que pone de manifiesto el espacio doméstico en la poesía latinoamericana. Tomando cinco poetisas de diferentes nacionalidades y comparando sus obras con conceptos biblio-hemerográficos, expone la creación de elementos poéticos que se asemejan a la casa como espacio privado. La experiencia de vida, los objetos personales, los sentimientos y las labores cotidianas suelen ser elementos que ayudan a

concluir los distintos tipos de comportamiento que conforman la identidad compleja de la mujer latinoamericana (Spluga, 2008).

Con base en este estado del arte, se puede decir que a esta investigación le interesa aportar al conocimiento sobre la percepción social del riesgo asociada a una variable poco trabajada como es el espacio doméstico en un contexto rural. Esta revisión de casos confirma la necesidad de analizar el espacio doméstico no sólo en sus materialidades arquitectónicas sino también en los objetos, donde se refleja la vida doméstica, pero también que forman parte de las prácticas cotidianas que configuran las materialidades del habitar y reproducen sus entramados simbólicos.

7. Marco teórico

En este apartado se exponen los referentes teóricos con los que se abordó esta investigación y que dieron luz a la interpretación y el análisis de los datos generados en campo. Inicialmente, se aludirá a la percepción social del riesgo y a cómo ha sido su construcción a partir de las diferentes disciplinas de las ciencias sociales, para comprender así la percepción social del riesgo como una construcción colectiva. Posteriormente, se hablará de la vida cotidiana y su importancia en la materialización del espacio doméstico en los ciclos hidrosociales.

7.1. La percepción social del riesgo: aportes desde los diferentes enfoques de las ciencias sociales para contribuir a la comprensión de las reacciones de individuos y comunidades ante eventos naturales

A principios del siglo XX, el concepto de riesgo fue trabajado por las ciencias naturales específicamente por geólogos, quienes se centraron en las amenazas, pero el hecho de saber cuáles eran las amenazas en los territorios no resolvía el problema para la planeación física, así que fue necesario adicionar un concepto más, el de vulnerabilidad física que, en este ámbito, está relacionado a la fragilidad y exposición ante elementos físicos concretos, lo cual abre la discusión a un ámbito multidisciplinario pero que aún sigue siendo meramente técnico (Cardona, 2001).

A mediados de siglo XX, se empieza a ver un interés por parte de los gobiernos en saber cómo son las reacciones de los individuos y comunidades durante los eventos naturales, es desde esta necesidad que las ciencias sociales empiezan a tener campo dentro de las discusiones sobre el concepto de riesgo.

Los primeros en interesarse son los psicólogos cognitivos, quienes se cuestionan sobre cómo los individuos responden o no al impacto de un evento natural en el

momento del suceso, a este enfoque se le da como nombre la concepción del riesgo (Ávila y Gonzáles, 2014).

Con la incursión de la antropología y la sociología, se empiezan a generar nuevas discusiones donde se critica este enfoque por ser simplista, ya que no tiene en cuenta factores sociales y culturales. Desde este primer acercamiento por parte de la psicología al concepto de riesgo, se desprende una nueva rama: la psicología ambiental, la cual plantea que los estudios de percepción de riesgo ambiental son para determinar el grado de preparación de los individuos ante peligros y catástrofes ambientales, y sobre la manera como estos enfrentan de manera efectiva o no la situación (Verdugo, Armenta y Lomeli, 2003). Sin embargo, se debe tener en cuenta que la evaluación del riesgo y la disposición de aceptarlo no es sólo un problema psicológico sino también un problema social, ya que las personas se comportan tal como se espera por grupos de referencia relevante, pues son estos con los que se ha llevado a cabo el proceso de socialización (Luhmann, 2006).

La sociología toma como referencia la carga social del riesgo para preguntarse por la selección de riesgos y las razones por las que se consideran unos riesgos y otros no, encontrando que dicha selección está determinada por valores sociales que guían este proceso y que son dados por la comunicación entre las personas de una misma sociedad.

La sociología se propone estudiar el concepto, pero de forma reflexiva, ya que considera que el riesgo es un tanto ambiguo y difuso, y que se debe dejar para la investigación interdisciplinar (Luhmann, 2006).

El concepto de riesgo ha estado fuertemente relacionado al concepto de percepción desde las diferentes miradas de las ciencias sociales, preocupándose tanto por los aspectos sociales como individuales. De esta forma, es retomado por la antropología e identificado, por la perspectiva culturalista británica, como un producto de la construcción cultural de las sociedades en su devenir histórico (Acosta, 2005).

Este planteamiento es encabezado por Mary Douglas, quien plantea que es necesario incluir, de forma sistemática en los estudios de percepción del riesgo público, los procesos sociales con los cuales se forman los conceptos (Douglas, 1996). A esta antropóloga se le atribuye uno de los enfoques con mayor fuerza en las ciencias sociales a la hora de entender el riesgo como una construcción social, enfoque que implica reconocer y aceptar su dimensión social, pues lo define como un fenómeno de la percepción colectiva y no individual, de ahí que surja de acuerdo a la sociedad y sus creencias (Acosta, 2005).

La propuesta de la construcción social del riesgo y la percepción social del riesgo, se deriva de la influencia durkheimiana a Mary Douglas de “considerar el pensamiento humano como originalmente social”, con lo cual se propone desarrollar una idea de una teoría cultural que dé cuenta del origen social de las categorías (Acosta, 2005, p. 15).

Se insiste en la relación que tiene la cultura con la vida cotidiana y en cómo los símbolos y los rituales no están separados de la actividad diaria, pues son elementos básicos en la construcción de la experiencia social. Los elementos de los discursos políticos no quedan por fuera, ya que estos tienen que ver con las construcciones culturales sobre el futuro elaboradas por los diferentes grupos de nuestra sociedad (Douglas, 1996).

Otro de los grandes enfoques para pensar el riesgo se relaciona con la vulnerabilidad. Este se deriva de estudios de casos empíricos donde los desastres eran atribuidos a causas naturales, en gran parte por prácticas humanas del mal manejo de los recursos ambientales en relación a los procesos de urbanización y al crecimiento demográfico, los cuales están directamente vinculados con la desigualdad socioeconómica. Asimismo, evidencia la necesidad de comprender los desastres no como eventos, sino como procesos que se gestan en el transcurso del tiempo hasta llegar a afectar a las poblaciones por medio de manifestaciones desastrosas (Acosta, 2005).

Wilches Chaux es uno de sus principales precursores y propone el concepto de vulnerabilidades globales, el cual hace referencia a las distintas vulnerabilidades que incrementan la magnitud de los desastres. Estas surgen de manera explicativa ya que sólo constituyen una mirada del fenómeno global al estar interconectadas entre sí. Además, deja claro que un fenómeno natural sólo adquiere la condición de riesgo cuando su ocurrencia se da o se prevé en un espacio ocupado por la comunidad (Wilches-Chaux, 1993).

Uno de los aportes más relevantes que hace este enfoque es incluir las variables socioeconómicas de los grupos con los cuales se llevan a cabo los estudios, ya que esto conlleva al reconocimiento de que la amenaza natural o antropogénica no constituye un agente activo para el desastre, dejando claro que el análisis se debe hacer del riesgo, mas no de la materialización del evento cuando ya ha sucedido (Acosta, 2005).

En relación a la vulnerabilidad, se encuentra un enfoque alternativo que es trabajado por Hewitt a finales de los noventa, al cual se le da el nombre de “enfoque de la vulnerabilidad”, pues este la toma como eje central de su análisis, principalmente sus dimensiones económicas y políticas que están vinculadas en el proceso del desastre desde una perspectiva histórica. Esta perspectiva le aporta a la construcción social del riesgo, ya que parece ser más visible en ciertos momentos a partir de determinados acontecimientos, y llega a la conclusión de que la construcción social del riesgo es un proceso que debe ser mirado desde las dimensiones de la vulnerabilidad, provocando un incremento de los efectos nocivos de las amenazas naturales (Acosta, 2005).

Para Virginia García, estas dos facetas son complementarias. Los desastres actúan como reveladores de cómo las sociedades crean los riesgos a la vez de que evidencian cómo son percibidos, y, por último, hace la aclaración de que no son sólo los riesgos los que se construyen culturalmente sino su percepción. Esto implica también la producción y reproducción de las condiciones de vulnerabilidad, las cuales condicionan la magnitud del desastre (Acosta, 2005, p. 23).

Para esta investigación se abordarán los fenómenos naturales como elementos activos de la naturaleza, donde sus resultados no son siempre catastróficos. Estos eventos catastróficos ocurren cuando los sistemas comunidad y medio ambiente no se logran ajustar a nuevas condiciones, ya sea por cambios de ritmo o por no tener la capacidad de absorber nuevas transformaciones.

Los efectos desastrosos están vinculados a la afectación de los modos de vida humana (Wilches-Chaux, 1993) que ponen en riesgo la integridad física de las personas o sus bienes. Los desastres están fuertemente vinculados a la percepción del riesgo de las sociedades, siendo estas quienes le dan origen, concepción e interpretación. En este sentido, se debe tomar en cuenta su dimensión social, puesto que tanto la percepción del riesgo y el desastre son hechos sociales que emanan de la sociedad de acuerdo a sus creencias y visiones dominantes (Acosta, 2005).

Entendiendo el riesgo como una construcción social en el que se evidencian las relaciones socioambientales, cuyo análisis de la relación naturaleza y sociedad debe hacerse en términos de procesos globales, con consecuencias en contextos locales. La capacidad de transformación es fundamental en los sistemas comunidad y medio ambiente para que pueda darse una co-evolución que fortalezca la resiliencia de ambos sistemas pos eventos desastrosos tanto sociales como naturales (Daza y Figueroa, 2014).

7.2. El espacio doméstico: materialización de la vida cotidiana

Con respecto a esta relación naturaleza y sociedad, surge la importancia del espacio como como una construcción social donde se revelan una serie de representaciones del riesgo y de desastres, ya que es el ser humano, mediante su relación con el espacio, quien lo produce. El espacio doméstico abordado aquí no es sólo una construcción arquitectónica, sino un espacio habitado resultante del diálogo entre lo construido y el universo que lo contiene, siendo la experiencia humana quien lo transforma (Guerrero, 2010, p. 135).

El espacio doméstico es una respuesta a los factores ambientales, es en este donde se encuentran los potenciales recursos disponibles y las posibilidades estructurales de asentamiento; es entre la naturaleza y la sociedad que se configuran micro ambientes que establecen un control de la temperatura, los vientos, la humedad y la radiación solar. Asimismo, en las casas o viviendas donde se materializa la relación cultura-naturaleza a través de la localización que cuenta con una tradición de patrones de asentamiento, y donde se evidencia que la casa es tanto un discurso colectivo como una expresión individual (Botero, 2010).

Para Merleau-Ponty, la casa es un mundo reinterpretado por el ser humano, quien comprende las dimensiones de su movimiento; desde allí, desde la casa como el espacio doméstico, es donde se plantea la vida cotidiana que representa la esfera de la realidad concebida por los individuos y que es susceptible a los cambios y modificaciones del contexto social, lo que permite considerarla como un espacio en permanente construcción (Fernández, 2014, p. 101), concomitante con la formación de identidades colectivas e individuales. Esta formación es influenciada por las instituciones dominantes como la familia, la educación, la religión, la sociedad civil, la política y los medios de comunicación, instituciones sociales que mediante los procesos de socialización transmiten valores, actitudes, costumbres y tradiciones, y que van incorporándose a sus modos de vida, combinándose con las percepciones diferenciadas de lo que se vive y manifestándose en los espacios cotidianos (Fernández, 2014).

7.3. Los ciclos hidrosociales: más que ríos, agentes vivos

Los fenómenos como la percepción social del riesgo no tienen propiedades en sí mismos, sino en relación con otros fenómenos; desde el momento en que entran y los hacemos conscientes, los riesgos en nuestra empiezan a ser sociales y a ser parte de la vida cotidiana (Larsimont, 2014).

Bajo esta misma línea de análisis, se debe entender a los ríos como actores vivos donde hay una relación de circulación, procesos sociales y físicos, y como flujo hídrico socio-natural que fusiona a la naturaleza y la sociedad de manera inseparable. Lo interesante de esta perspectiva es reconocer cómo el agua también es manipulada por los actores sociales e institucionales en el manejo de las fuentes hídricas, a través de factores culturales y simbólicos (Larsimont, 2014).

En resumen, el riesgo, como una construcción social, se enmarca en un tiempo y un espacio al ser un proceso histórico producto de relaciones socioambientales, donde los ríos son comprendidos como entes vivos fundamentales para los procesos hidrosociales. En este sentido, el riesgo por avenidas torrenciales es entendido como una construcción social, y es la cotidianidad el espacio donde los cambios y modificaciones del contexto social son visibles; el cuerpo es la herramienta para la percepción del espacio y el límite de una casa reside en la experiencia humana (Guerrero, 2010, p. 135).

8. Descripción de resultados

En los siguientes apartados se abordará la producción del espacio en la vereda San Agustín del municipio de Andes (Antioquia), entendiéndolo como una construcción colectiva. Por un lado, se hará una mirada desde las políticas económicas internacionales que han influido en la producción del espacio rural en Colombia, por medio de los procesos de globalización, neo-liberalismo y libre mercado; las mismas que han llevado al país a su modelo agrícola actual, donde priman los monocultivos como técnica productiva en extensiones de grandes terrenos. Se evidencia que el monocultivo del café es adoptado por los empresarios antioqueños, llegando a ser el producto por excelencia de la región, el cual ha transformado el espacio y la vida de los pobladores de uno de los municipios con mayor producción de café en el Suroeste antioqueño.

8.1. Producción del espacio: de lo global a lo local

La propagación global de las ideas occidentales puso en marcha una serie de procesos sociales muy complejos, donde no sólo la economía se vio afectada, sino que la expansión del mercado generó una mercantilización de la tierra y del trabajo bajo nuevas formas de disciplina en las fábricas, escuelas, hospitales, etc., amparadas bajo doctrinas filosóficas basadas en el individualismo y el utilitarismo (Escobar, 1994). Después de la Segunda Guerra Mundial, este proceso es reconocido a nivel mundial bajo el nombre de *desarrollo*, y ha sido promovido por los países de Primer Mundo, con el propósito de erradicar el hambre en los países considerados tercermundistas, mediante la industrialización del campo para poder vincularse al mercado internacional como productores de materias primas (Mejía, 2011).

A través de instituciones como la Fundación Rockefeller, se da la entrada de los países considerados tercermundistas a la Revolución Verde, abriendo así posibilidades

de crédito con bancos de las naciones ricas del Norte o con agencias internacionales fundadas para promover e incentivar el paradigma desarrollista, como son el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Estos programas permiten proporcionar a los campesinos del Tercer Mundo, los recursos para adquirir paquetes necesarios para la producción de alimentos bajo estándares internacionales, los cuales incluyen semillas mejoradas y agroquímicos, y tecnificar así sus actividades productivas (Giménez, 2008).

En este orden de ideas, los países desarrollados con una producción industrializada y grandes porciones de tierras cultivadas son quienes, “consecuentemente” con su forma de apropiación extensiva de los recursos naturales, hacen referencia al derecho ambiental como una herramienta de control, acceso y uso de esos recursos naturales en los países del Tercer Mundo. Sin embargo, y por más beneficios que esta perspectiva pueda traer al cuidado ambiental, no se deja de lado la exclusión a los países que no tienen capacidad económica, tecnológica, administrativa o política para acceder a ellos. Se sigue evidenciando la fuerza del mercado globalizado en la gobernalidad local, teniendo un control de cómo se hacen y para qué se hace la agricultura en los países tercermundistas, evidenciando la gran inequidad de oportunidades dentro de un mercado global (Mejía, 2011). Esto resulta paradójico ya que son los países desarrollados, por medio de la liberación del mercado mundial, quienes imponen las formas de producción en los países tercermundistas para que sus productos puedan ser comercializados en sus territorios, pero a la hora de los riesgos dados por esta forma productiva, ellos son quienes también los regulan.

La liberalización del mercado mundial, de acuerdo con lo expuesto anteriormente, no sería más que “una visión optimista del desarrollo basado en promover las exportaciones” (Gudynas, 2009, p. 3). Sin embargo, ese optimismo parece estar sólo del lado de los países ricos, porque en América Latina, y en los países del Sur en general, los impactos negativos de la liberalización del mercado cobran más víctimas en relación con los problemas ambientales, el desempleo y las desventajas económicas (Mejía, 2011). En este sentido, si ponemos como foco de análisis dicho fenómeno globalizante, es posible mostrar cómo el debilitamiento o el fortalecimiento del Estado

ha implicado una construcción del espacio a partir de estas nuevas políticas internacionales donde el campo en los países de América Latina ha pasado a ser la despensa de los países desarrollados (Marini, 1991).

Además, los discursos globales enunciados por el desarrollo, y asumidos y reproducidos por las poblaciones de América Latina, consiguen cosificar, economizar y objetivizar el ser, el hacer y los conocimientos de los agricultores. Esto genera un control territorial por la expansión geográfica del capitalismo moderno, la cual no sólo implica la apropiación material de este, sino también que lo ordena, transforma y disciplina simbólicamente (Giraldo, 2015).

En el caso colombiano podemos observar algunas particularidades relacionadas con la producción cafetera como la tecnificación del campo promovida por el gobierno a mediados del siglo XX, que estimuló por todos los medios la transformación de los conocimientos y prácticas tradicionales, permitiendo el ingreso del desarrollo capitalista al campo para la tecnificación de la producción agropecuaria, que se vio reflejada en el aumento sustancial de la productividad; es decir, se amplió la tasa de crecimiento del producto por unidad de superficie cultivada (Suárez, 2007). Para lograr esta meta, los habitantes del campo se vieron inmiscuidos en nuevos órdenes sociales; sin embargo, la vinculación con la implementación de los presupuestos de la Revolución Verde en las dinámicas de producción en Colombia, se generaron formas redistributivas desiguales, donde los empresarios del campo y las agroindustrias encabezaban las listas de los mayores beneficiados, mientras que los campesinos, que hasta el momento se encontraban funcionando bajo lógicas radicalmente ajenas del capitalismo globalizado, no contaban con las habilidades y capacidades económicas, técnicas y administrativas para vincularse efectivamente a la nueva apuesta del mercado propuesta a partir de la industrialización del campo (Mejía, 2011) lo que da como consecuencia la concentración de tierras en manos de unos pocos.

Este modelo industrial aplicado al campo generó la erosión de los suelos y la adaptación de las poblaciones a nuevas dinámicas territoriales, la resistencia por parte

de ciertas especies de plantas a los componentes de los paquetes de plaguicidas o cambios en las cadenas reproductivas y cadenas de costos de producción frente a las nuevas condiciones que exigían al medio las semillas mejoradas genéticamente. Es decir, una vez se utilizaron las semillas tratadas en los países pobres, se hizo muy difícil volver a sembrar a la manera tradicional, sin paquetes tecnológicos, sin deudas contraídas con los grandes bancos (Mejía, 2011), y de forma diversa donde prevalecieran los cultivos familiares sobre los cultivos tecnificados.

En la década de los 80, se empieza a reproducir a nivel mundial un segundo esquema de producción y mercado que incidirá directamente en las formas de la producción cafetera en Colombia, y que se conoce como el modelo del libre mercado, el cual se enmarca en la globalización neoliberal. Esta perspectiva económico-política sugiere que las unidades de producción en pequeña escala necesitan operar en un ambiente de competencia abierta que, supuestamente, se genera a través de las condiciones ofrecidas con la apertura del mercado (Daviron, 2005, p. 8).

Esta corriente indica que, con la ruptura del Acuerdo Internacional de Cuotas para el café, estaría concedido el acceso igualitario al mercado tanto de los pequeños como de los grandes productores; sin embargo, las condiciones en que unas y otras unidades productivas agrícolas acceden al mercado son en sí mismas desiguales. Muestra de ello es que aún en la actualidad, la producción agrícola a gran escala localizada en los países ricos cuenta con subsidios provenientes de los gobiernos de esos mismos países, mientras que la producción en pequeña escala de los países en desarrollo difícilmente logra captar recursos del Estado, pues estos recursos estatales siguen cayendo en manos de los grandes terratenientes (Mejía, 2011).

Lo anterior generó cambios profundos en la relación de los campesinos con su territorio, en las formas de organización social, en la distribución de la tierra y, como uno de los efectos más trascendentales, en la reconfiguración socio-económica y socio-espacial de la estructura rural —en comparación con la estructura existente antes de la incursión de dichas políticas en el país—.

En Colombia, la Revolución Verde implicó la maximización del área dedicada al cultivo del café con la consecuente disminución o erradicación total de la diversidad productiva. Ello se sustentaba en un sistema masivo de créditos agrícolas de corto plazo para mantener el aumento exponencial en la compra de insumos agrícolas, fertilizantes y pesticidas (Cardona, 2009, p. 6). Bajo estos nuevos modelos, la agricultura tiene un impacto directo sobre el paisaje por medio de dos procesos: la conversión de tierras no agrícolas en agrícolas y la intensificación de la producción agrícola en terrenos con una vocación agropecuaria. El primero ha generado cambios asociados al proceso de deforestación por la expansión de la frontera agrícola (Guhl, 2004).

La dependencia por parte de los campesinos frente a estos insumos agrícolas, demostró las desventajas de los monocultivos con semillas mejoradas, pero, adicionalmente, generó formas más radicales de dependencia al mercado y las instituciones financieras, lo que los hacía más vulnerables frente los efectos de la caída del precio internacional (Mejía, 2011).

Los procesos de globalización como la liberalización del mercado mundial, llevan a la observación de fenómenos particulares entre poblaciones que luchan por la pervivencia de sus prácticas sociales en medio de las exigencias del mercado mundial. Asimismo, los mismos procesos de globalización favorecen las dinámicas de reestructuración de las poblaciones rurales (Mejía, 2011).

Con base en lo anterior se confirma que la producción del espacio, aún local, no escapa de la globalización, generando así una lógica que tiende a disminuir la autonomía de los territorios (Arocena, 1997). Se entiende así que la producción del espacio en un territorio no sólo responde a las políticas nacionales de un país o quienes lo habitan, en ellos se da una suerte de interacción entre los diferentes actores nacionales e internacionales y la producción del espacio debe ser vista como un proceso histórico.

8.1.1. El monocultivo de café: productor y transformador del espacio doméstico

La incorporación del café a la vida de los colombianos se dio como un estimulante al mundo intelectual y al progreso de la humanidad; una de las referencias que se hace a este en la época es:

Poco tiempo después de su administración, diez minutos apenas, el pensamiento tiene más libertad y más claridad, la expresión es más viva y más feliz; la memoria que, sin esta bienhechora intervención, sería vacilante, sirve mejor. Se adquiere facilidad inesperada para el trabajo intelectual, las partes del cerebro que sirven a la memoria, a la invención, a la expresión, son animadas por el café. (Rodríguez, 2007, p. 81)

Estas ideas respaldaron la introducción del grano en Antioquia, en la experiencia de las “civilizaciones con mayor progreso”. Es decir, si el café había conquistado paladares más finos y civilizados, ya era hora de que llegara hasta nuestro territorio (Rodríguez, 2007).

Dentro de la constitución geopolítica colombiana, el área andina es también el sector cafetero por excelencia del país. Esta región ha sido vista a lo largo de la historia como un eje neurálgico para el desarrollo económico, aspecto fundamental a la hora de elegir los municipios cafeteros. La influencia de las condiciones topográficas y climáticas ha sido fundamental en la definición de los contextos sociales del país, así como de las actividades productivas llevadas a cabo en ellas. La región andina, donde se cruzan las cordilleras Oriental, Occidental y Central, se ha constituido, desde épocas coloniales, como uno de los centros económicos y urbanos más importantes, en el cual se concentra el 70% de la población del país (Martínez, 2018).

La constante humedad de la atmósfera en Antioquia es favorable para el cultivo del café en cuanto a cantidad, pero no respecto a la calidad del producto. Para su cultivo debía tenerse especial cuidado en donde se establecía, ya que es necesario que se presentaran lluvias con regularidad y que existiera una buena inclinación del terreno, pues el cultivo debía tener suficiente riego, pero no podía permitir el estancamiento de

aguas dañinas para las raíces. Respecto a las aguas, se recomendaba también la existencia de una quebrada o riachuelo que sirviera para realizar los riegos en verano; esta recomendación se hacía especialmente cuando el cultivo no se encontraba en planos inclinados (Estrada, 2011).

En Antioquia, el café se introdujo para duplicar su riqueza y así poder fomentar su comercio exterior como en otros departamentos de Colombia. El café es una bebida tan usada en Europa que ha enriquecido a las Antillas, y que prosperó en las montañas antioqueñas (Rodríguez, 2007). Para 1921 ya buena parte del territorio antioqueño, se había entregado por completo a esta actividad económica de la cual se proveía gran parte de su población. En menos de cincuenta años el cultivo del café se difundió rápidamente, transformando el paisaje, la economía, los hábitos alimenticios y en general la cultura en el territorio antioqueño (Rodríguez, 2007). La producción cafetera se concentró en ciertas zonas del país donde los cambios de los sistemas productivos confirman la heterogeneidad espacial dada en estos territorios, ya que más de la mitad de los vinculados a la producción cafetera presentan esta característica. Así, el café se convierte en un monocultivo (Guhl, 2004).

La naturaleza del negocio cafetero —debido al tamaño y localización geográfica— modificó las relaciones sociales, adaptándose y reconstruyendo el espacio social de los campesinos colombianos: composición de identidades sociales en un mundo lento, de tipo rural, la economía se volvió monetaria, la tierra adquirió valor, se abrieron carreteras y prosperó el pequeño comercio. Junto con esto, se dio un ciclo de transformaciones sociales propias de la historia económica en Colombia (Estrada, 2011). Paradójicamente, esto sucede cuando la producción cafetera se abrió paso con la colonización de nuevas tierras durante el período comprendido entre 1851 y 1870; una colonización que se dio conjuntamente con las transformaciones sociales del centro del país (Estrada, 2011).

La colonización Antioqueña será de vital importancia para la expansión de la frontera agrícola del país, debido a que ganará enormes proporciones de territorio a la

selva, ampliando así la oferta de tierras cultivables en el país. Son los colonos antioqueños quienes empiezan con el cultivo del café en las nuevas tierras del Sur. Después de 1870 con los estímulos a los productos exportables, se despierta el interés de concentrarse en la producción de café, su cultivo se realiza bajo la premisa de la mediana y pequeña propiedad (Zuluaga, 2007).

Gracias a la política de colonización y agricultura impulsada por el visitador Antonio Mon y Velarde, se creó en Antioquia un movimiento de campesinos compuesto por grupos libres (Zuluaga, 2007), lo que generó una gran diversidad en la propiedad y en las organizaciones productivas, debido a la coexistencia pacífica de múltiples sistemas de apropiación y distribución de los excedentes monetarios y espaciales, tanto dentro de la hacienda como en el resto de la economía colombiana. A esta geografía regional se le sumaron nuevos aspectos respecto al avance económico, en la medida en que sus fuentes básicas, población y recursos eran desiguales (Estrada, 2011).

El precio del café en el exterior fue un gran estímulo para quienes buscaban aumentar su capital; siendo las características del territorio antioqueño particularmente favorables para el cultivo del café. Se embarcaron los grandes inversionistas en la empresa de producción y, sobre todo, en la comercialización del grano; las familias campesinas vieron allí una opción para mejorar su precaria situación. La producción del café estuvo poco tiempo en manos de grandes cultivadores; actualmente, el cultivo del café se da en manos de la producción familiar. Sin embargo, fueron los comerciantes y empresarios que trillaban el café quienes recibieron las riquezas de la bonanza cafetera, pues servían de intermediarios entre el productor y el mercado extranjero (Rodríguez, 2007).

Estos cambios sociales provocaron una aglomeración de pequeños cultivadores de café que se situaron en la periferia. La economía cafetera se encargó de contribuir a desplazar las jerarquías sociales y procesar movimientos campesinos de abajo hacia arriba. Todo sucedió sin desarraigar las condiciones de los pequeños cultivadores (Estrada, 2011).

Estas pequeñas aglomeraciones de cultivadores trajeron consecuencias para los territorios, tanto así que, en 1886, se les atribuía la responsabilidad de los males del invierno a los agricultores, perjudicando los campos de cultivo al tumbar los árboles de las orillas de los ríos; estos se salían de su cauce, arrastraban tierras y rocas provocando múltiples desastres. Frente a esta situación se proponían medidas que incluían la pericia de los ingenieros y un llamado de atención a los agricultores (Rodríguez, 2007).

Igualmente, en 1893, se hacía una relación de las causas del estado de postración de la agricultura en Antioquia. A la invasión de la langosta, y a la falta de capital para invertir y de brazos para trabajar cultivos diferentes al café, se sumaba el invierno prolongado; se lamentaba el trastorno de las estaciones que algunas veces llevaba a un extremo la sequía, pero que en ese momento agobiaba el campo debido a las lluvias torrenciales. Una de las reflexiones de la época se introducía con una frase muy característica alusiva a la incapacidad del ser humano para afrontar ciertos fenómenos de la naturaleza: “contra Natura en vano se litiga”, y a las observaciones se añadía una descripción del paisaje transformado por las interminables lluvias donde los cultivos eran arrasados por cuenta del invierno. Este no es el único agente transformador del paisaje en Antioquia; se le suman dos hechos relevantes relacionados con la transformación del paisaje: la colonización y el cultivo del café, incorporándose profundamente en la cultura hasta el punto de convertirse en los principales estandartes o blasones del regionalismo en Antioquia (Estrada, 2011).

Con el cultivo del café se modifica el paisaje montañoso de la región mediante la apropiación de tierras y su adaptación para el cultivo, el trazo de vías de comunicación, la fundación de pueblos y ciudades. Además, aportó divisas que ayudaron a dinamizar otros sectores productivos, ampliando la base de consumo en el sector campesino que, a pesar de su precario grado de industrialización, ya se podía permitir el acceso a otros bienes (Zuluaga, 2007). La adaptación de la tierra para el cultivo, la satisfacción de las necesidades que se derivaron de las actividades campesinas para la vida diaria de los agricultores, en tanto viviendas, establos, depósitos, beneficiaderos, entre muchos otros aspectos, empezaron a generar nuevos modelos de asentamiento rural donde el trazo

lineal sigue el filo de la montaña, la cual va en muchas ocasiones en consonancia con las orillas de los ríos (Zuluaga, 2007).

La vivienda cafetera se integra a la actividad productiva donde el espacio doméstico va de acuerdo con los lineamientos de la vida cotidiana de las familias campesinas, pues las fincas son las unidades productivas básicas de ocupación del territorio. La casa se va mejorando con el paso del tiempo respondiendo a las condiciones productivas, topográficas y ambientales del terreno (Zuluaga, 2007).

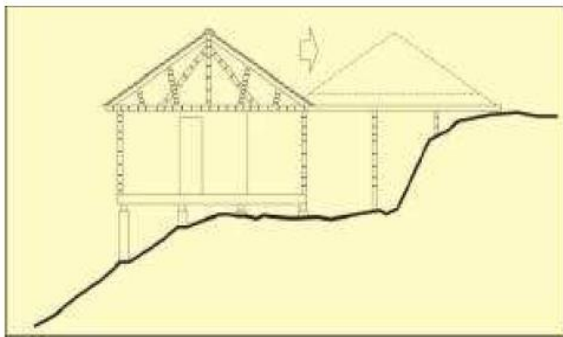


Figura 10. Helda

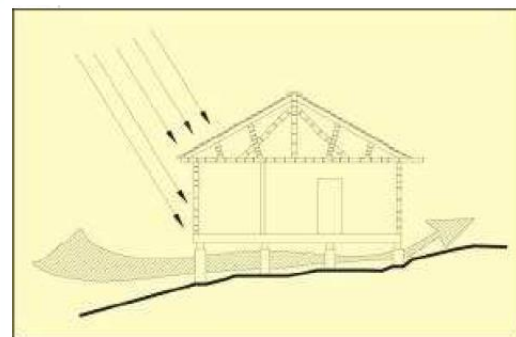


Figura 9. aislamiento de la edificación

Figura 4. Aislamiento de la casa típica cafetera

Fuente: Zuluaga (2007, p. 68).

Como actividad económica, el cultivo del café no sólo generó cambios más allá de la composición espacial en los territorios, sino que conformó espacios culturales donde ciertos los modos de vida y rasgos materiales son característicos de la región cafetera, y donde la identidad nacional ha encontrado soporte en sus prácticas. En efecto, aunque la economía cafetera desapareciera, dejaría un legado simbólico y de imaginarios que forman parte de la memoria colectiva de la sociedad colombiana.

8.1.2. La producción del espacio doméstico en la vida cotidiana de los habitantes de la vereda San Agustín, Andes

Cada acontecimiento de la vida cotidiana de las personas se visibiliza por las huellas que deja en el espacio, así que cada actividad, cada ocurrencia, cada accidente tiene una manifestación sensible en un espacio geográfico o arquitectónico determinado. El espacio doméstico deja un registro de la actividad humana a través de las manifestaciones íntimas que modifican, mueven y transforman los objetos a partir de sus percepciones. En este sentido, es necesario decir que aquí entenderemos el espacio doméstico como un “conjunto indisoluble de sistemas objetos y de acciones”, con relación a los cuales, los límites de las acciones y percepciones del mundo humanas, son flexibles, elásticos, no están claramente definidos, son vagos y diluidos (Chávez, 2011, p.9).

El espacio doméstico no sólo son las cuatro paredes de la casa. En la cultura cafetera, las casas son un claro ejemplo de esto; se adecúan para las prácticas productivas con el paso del tiempo y se ve fácilmente cómo rompen los límites de las casas como el único lugar donde se evidencia las huellas de la actividad íntima. En el doméstico, se intersectan el espacio laboral el espacio recreativo y el social, algunos contenidos o determinados por el espacio doméstico. Es a este donde los sujetos y objetos pertenecen, y son previamente moldeados por la interacción humana. Afectan sustancialmente las cualidades de sus componentes dentro de una dimensión temporal, como lo inmaterial propio de la atmósfera de un lugar y del espíritu de quienes frecuentan o habitan una determinada espacialidad arquitectónica. El espacio doméstico es un dominio de significados y va mucho más allá de una colección de objetos y lugares que nutren la forma en que se percibe el mundo según su ubicación material (Chávez, 2011).

El espacio doméstico no corresponde únicamente a la vivienda, también es un sistema donde las interacciones íntimas del ser humano dejan huella. Es por ello que se hará la descripción de la producción del espacio en la vereda, donde sus caminos,

carreteras y puntos de encuentro, para compartir entre los habitantes, tienen una gran importancia para entender cómo se dan las actividades cotidianas en la vereda.

La vereda San Agustín es una de las quince veredas del corregimiento de Santa Rita, del municipio de Andes. Este corregimiento es el de mayor dinamismo poblacional y su población tiene una fuerte vocación por la producción del campo, siendo la caficultura el principal renglón económico. El 6% de su población se consideran dueños de sus medios de producción y el 94% son personas dependientes de los medios productivos (Andes, 2007). Santa Rita cuenta aproximadamente con setenta familias y, hasta el censo de 2007, se habla de 678 habitantes ubicados en las orillas de los ríos San Agustín y Santa Rita en una zona montañosa de pendiente (Andes, 2007). La vereda San Agustín tiene forma de “Y” dada por los dos ríos. Cuenta con una carretera destapada que va desde la fonda El Salado hasta la parte alta de la escuela, y cubre sólo una parte de Cañada Honda. La mayoría de las casas están construidas en la orilla del río o muy cerca a esta, y hay pocas viviendas en la parte alta de la montaña; esta zona es más bien destinada a labores productivas como siembra de café, plátano y extracción de minerales (Diario de campo, 25 de septiembre de 2017).

En la zona se cuenta con cinco socavones artesanales para la extracción del oro y dos entables procesadores. Además, como actividad complementaria, está la arriería para el transporte de la producción campesina y minera. Estas actividades, al realizarse en zonas de montaña, no cuentan con obras de infraestructura para sacar la producción a la carretera principal; las mulas son el elemento fundamental para el transporte cotidiano de los pobladores de la vereda (Diario de campo, 25 de septiembre de 2017).



Figura 5. Jaime Ossa y su hija Valeria arriando mulas

Fuente: elaborada por la investigadora el 28 de septiembre de 2017.

La carretera destapada de la vereda se ve atravesada por quince nacimientos de agua; por donde se camine, el agua es un paisaje generalizado, haciendo complicado el mantenimiento de la carretera, ya que durante todo el año baja con piedras y mantiene húmedo el terreno. Debido a esto, por esta carretera sólo suben algunos carros particulares: la escalera municipal a las 6 a.m. y a las 3 p.m. transporta a los jóvenes de bachillerato que van de San Agustín a Santa Rita, algunos camiones suben por madera hasta Ítaca, y las motos que son el transporte de los pobladores (Diario de campo, 26 de septiembre de 2017).

La carretera es la principal conectividad entre San Agustín y Santa Rita, centro urbano más cercano donde se cuenta con todos los servicios básicos necesarios, como puesto de salud, colegio e iglesia. Las casas en San Agustín conservan una distancia de

aproximadamente de 10 a 15 metros entre sí, aunque esto puede variar según la zona de la vereda. Al tratarse de un área rural, hay casas muy apartadas entre sí, pero esto es una generalidad en el pequeño centro “urbano”. Hay dos caseríos, uno muy cercano al río San Agustín al lado de la truchera donde se ubican alrededor de diez casas que están cercadas artesanalmente con alambre de púas y con mayor cercanía entre las viviendas. Allí viven tanto arrendatarios como propietarios, y son diferentes familias las que habitan este espacio. Por otro lado, hay un caserío al que llamaremos el pequeño centro “urbano” que se encuentra en la zona media de la vereda y donde se concentran las actividades productivas; este cuenta con una tienda y está cercano al entable de procesamiento de oro más grande en la zona (Diario de campo, 21 de septiembre de 2017).

Además de los caseríos, otro de los puntos de referencia en la vereda es la escuela. Esta cuenta con dos salones grandes y una cancha de microfútbol, donde enseñan a niños desde primero hasta quinto de primaria; se encuentra a unos treinta minutos del centro “urbano” caminando por la carretera principal hacia la parte alta de la vereda. Según el profesor Mario Bolívar, la escuela puede tener más de cincuenta años de construida, las únicas reformas que se le han realizado son de tipo estético como retoque de pintura y cambio de cercas. Llama la atención que está construida en un terreno donde convergen los dos ríos con un cerro en la parte de atrás, el cual es utilizado para el cultivo del café por los habitantes de la vereda (Diario de campo, 21 de septiembre de 2017).

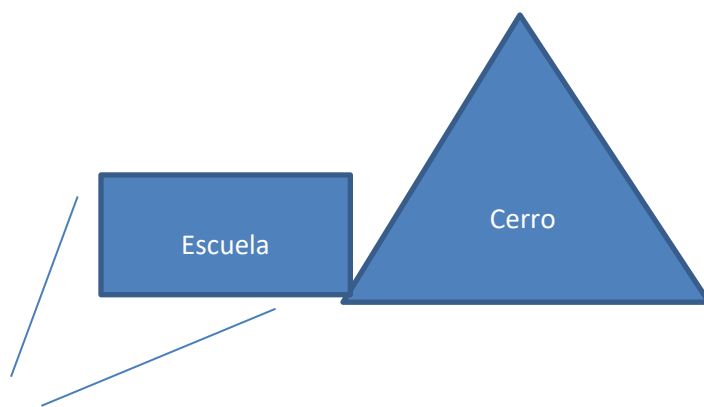


Figura 6. Dibujo realizado para ejemplificar la zona donde se ubica la escuela de la vereda San Agustín

Fuente: elaborado por la investigadora.

Tanto la escuela como las casas de la zona, cuentan con una arquitectura típica de la región cafetera de una construcción lineal desarrollada sobre una cuchilla con una gran pendiente en sus costados. Las viviendas suelen desarrollarse a medio balcón; es decir, viviendas de un piso sobre la fachada principal. Por motivos de topografía, pueden tener dos o más pisos sobre la parte inferior (Zuluaga, 2007).

Santa Rita es uno de los corregimientos más viejos de Andes, y San Agustín no es ajena a los rasgos de una arquitectura de bahareque que, aunque es un modo de construcción indígena, esa sido adoptada por la arquitectura regional antioqueña convirtiéndose en un elemento unificador, sobre y en la diversidad del paisaje; activa como práctica de una técnica y apropiación social de los diferentes ámbitos y épocas (Zuluaga, 2007, p. 66).



Figura 7. Casa campesina Cañada Honda

Fuente: tomada por la investigadora.

En la región, la casa es mejorada con el paso del tiempo se hacen modificaciones de acuerdo a las necesidades familiares donde el trabajo hace parte fundamental de estas necesidades, y así finalmente la producción cafetera empieza a definir gran parte de su conformación. Es en la casa donde se reúnen las principales muestras del habitar y la producción cafetera, se dan distintas adecuaciones del espacio a las labores del secado y el beneficio del café (Zuluaga, 2007). Ejemplo de esto es la figura 6, donde se evidencia cómo se le ha adicionado un área a la casa exclusivamente para el secado del café y para guardar materiales para el cultivo.

Las viviendas en esta zona responden a las necesidades del terreno donde la linealidad es adecuada a las condiciones topográficas, porque ofrece el menor de los lados en el sentido de la pendiente, buscando así el apoyo horizontal. Se evidencia que esta construcción en pendiente permite dejar un espacio debajo de la casa y su aprovechamiento depende de la pendiente. El mínimo aprovechamiento de esta área es

el aislamiento de la edificación que ayuda en la conservación de los materiales. Puede servir como depósito, alojamiento de animales, habitaciones adicionales, y puede tener dos o más pisos (Zuluaga, 2007). Por otro lado, en conversaciones con los habitantes, Diana Foronda comenta que la construcción de las viviendas en estas zonas se da por falta de terrenos planos alejados de las orillas del río: “si se respetara el lindero del río, la vereda no existiría. No hay más terrenos planos para la construcción de las viviendas. Lo que busca la gente es construir sus casas cerca de la carretera para poder salir fácilmente a hacer sus labores” (Diario de campo, 23 de septiembre de 2017).

Además de las disposiciones arquitectónicas para la construcción de las casas de la zona cafetera, en la vereda San Agustín se evidencia el modelo lineal donde el corredor es la estructura organizativa principal de la casa, por él se accede a todos los recintos. Es un elemento destacado en este tipo de construcción por su ubicación a la vista o hacia el lugar preferencial (Zuluaga, 2007). Generalmente se encuentra en el frente de la casa y en la parte posterior se ubica la cocina a leña y el baño. La parte trasera de la casa, donde se encuentra la cocina, generalmente da a mirar al río, pero esto ha venido cambiando con el paso de los años; las cocinas han empezado a integrarse a la parte interna de la casa y pasan de fogones de leña a gas. Para Miriam Ossa, una de las habitantes que tuvo que cambiar el lugar de su cocina por varios inconvenientes con el río, comenta que “después de la avalancha de 1995, cuando bajaba un espumero todo bonito, bajaba como una montaña. Se nos llevó la madera, el fogón de leña para cocinar y las gallinas. Después de eso se decidió poner la cocina adentro porque cada vez que el río se crece no hay forma de cocinar” (Diario de campo, 23 de septiembre de 2017).

Las casas tienen una fuerte relación con el río, ya que en la vereda no se cuenta con acueducto y alcantarillado, entonces el agua para el consumo diario y limpieza de la casa es provisto por el río a partir de tuberías artesanales realizadas por los mismos pobladores. Esta relación de las casas con el río se debe entender en términos de utilidad; la vereda nace por el acceso al agua construyendo sus hogares en la orilla del río, afectando así las fuentes de agua (Diario de campo, 23 de septiembre de 2017).

El espacio doméstico en San Agustín es producido y modificado por los ríos que se integran a la producción cafetera como parte de las actividades de la vida cotidiana de sus pobladores. A través de una arquitectura típica de la región cafetera, se da respuesta a las necesidades de vivienda en concordancia con las condiciones del terreno. Se establece así una relación de las formas de percibir el espacio en consonancia con los límites naturales del río que rige su espacio de interacción social de los habitantes de la vereda.

8.2. La percepción social del riesgo desde los discursos individuales, colectivos e institucionales de los habitantes de la vereda San Agustín

“La vida cotidiana es la vida de todo hombre. La vive cada cual, sin excepción alguna, cualquiera que sea el lugar que le asigne la división del trabajo intelectual y físico. Nadie consigue identificarse con su actividad humano –específica hasta el punto de poder desprenderse enteramente de la cotidianidad. Y, a la inversa, no hay hombre alguno, por “insustancial” que sea, que viva sólo la cotidianidad, aunque sin duda ésta le absorberá principalmente”. (Heller, 1985, p. 39)

La cotidianidad se forma de una trama de 24 horas de un día cualquiera de una persona, es decir, con el tiempo y las acciones se forma lo cotidiano. La trama de un día contiene fragmentos de la historia del mundo, las realidades locales y nacionales, y es en la vida cotidiana donde se representan los componentes esenciales del pluralismo, el simbolismo, el tiempo y el espacio (Uribe, 2014). Este último es un elemento fundamental para comprender cómo se constituye un lugar como conjunto toponímico y topográfico, dotado de sentido por los seres humanos. Asimismo, es el escenario de la vida cotidiana donde se dan las prácticas sociales en sus múltiples significados. También divide los límites del desplazamiento y experiencias cotidianas, ya que cada quien tiene su espacio para desarrollar su identidad social, pues los individuos la definen al tener un

sentido de pertenencia por su espacio doméstico y entorno cotidiano que, para el caso de San Agustín, es un entorno rural (Uribe, 2014).

Es en el espacio donde se deja la huella del mundo real y la existencia de un evento radica fundamentalmente en su condición espacial. Así, cada actividad, cada ocurrencia, cada hecho o cada accidente, tienen manifestaciones sensibles en un espacio geográfico o arquitectónico determinado, son las manifestaciones del carácter íntimo del hogar. De igual forma, El texto del espacio doméstico, es entendido como un conjunto indisoluble de sistemas que cuenta con límites flexibles, objetos y acciones. Sus límites son difusos, se intersecta con el espacio laboral, el espacio recreativo, el social, el sexual y muchos otros, algunos de los cuales están contenidos o están determinados o determinan el espacio doméstico (Chávez, 2011).

Colombia y la región andina son espacios geográficos en donde se combinan el clima y la topografía que permiten una determinada fragilidad ecológica. Sus terrenos montañosos con fuertes pendientes predominan en todo el territorio, nacimientos de ríos y quebradas de causes irregulares que se sobrecargan en invierno, además de prolongados períodos de lluvia en esta temporada en la región, siendo las poblaciones andinas a quienes les corresponde afrontarlas.

Es en las zonas rurales de la Cordillera Occidental, donde los fenómenos naturales son recurrentes y toman menos desprevenidos a las poblaciones, los pobladores han agudizado sus sentidos en relación a la naturaleza, haciéndola parte de su cotidianidad, cargada de rutinas y de símbolos construidos mediante la interacción grupal (Villegas, 2011), sirviendo de base para la construcción de los saberes de la vida en sociedad bajo un mismo contexto.

En San Agustín, los habitantes suelen estar muy atentos a las lluvias, pues las características del terreno lo hacen vulnerable a avenidas torrenciales o, como son mejor conocidas por sus pobladores, avalanchas, las cuales en los últimos veinte años se han presentado en dos ocasiones, teniendo consecuencias desastrosas para la vereda e

irrumpiendo en su vida cotidiana. En la vereda hay diferentes acercamientos al riesgo, pues no por el hecho de estar bajo las mismas condiciones geográficas y culturales el riesgo se percibe de la misma forma. Así, entonces, el riesgo varía de acuerdo a las experiencias individuales según edad, género, actividad económica, nivel educativo y experiencias previas. En la vereda se encontraron diversas formas de acercarse al riesgo donde, por un lado, para unos es un hecho más racional, y se da una preocupación por velar por la seguridad a futuro tanto de los bienes personales como comunes; y por otro, hay un grupo de personas para el cual el riesgo es algo que sucede, con lo que no se puede lidiar porque simplemente es un hecho natural, reaccionando en el momento desastroso, pero sin tomar medidas preventivas. En los siguientes párrafos se tomará parte de los discursos de los pobladores de la vereda que han vivido una o las dos avenidas torrenciales, para dar muestra de las diferentes formas de acercarse al riesgo evaluándolo desde dos aspectos: racional y emocional.

Es así que partir de las dos avenidas torrenciales, la escuela de la vereda es reconocida por autoridades y pobladores de estar ubicada en una zona de alto riesgo, al encontrarse muy cercana a los ríos San Agustín y Santa Rita. Para el profesor Mario Bolívar, el estar atento a los cambios que se puedan presentar en el río, si este cambia de color o se escucha el choque de las piedras, se ha vuelto parte de su trabajo como profesor en la vereda, para así poder proceder a evacuar la escuela y salvaguardar la vida de los estudiantes antes de que ocurra un desastre (Diario de campo, 21 de septiembre de 2017). Es así como el riesgo es percibido por el profesor en su cotidianidad, donde valora la amenaza a la que está sujeto.



Figura 7. Escuela de la vereda San Agustín

Fuente: tomada por la investigadora el 23 de septiembre de 2017.

La amenaza es construida como riesgosa por las experiencias previas que se han vivido, si la sociedad no las cataloga como un riesgo, puede variar de individuo a individuo por cómo entiende y experimenta cada fenómeno, lo cual se da de acuerdo a cada circunstancia específica (González, 2014). Algunos de los estudiantes de la vereda son muy jóvenes, no sobrepasan los doce años, y vivieron la avenida torrencial de 2015; ellos piensan que no se puede hacer nada para prevenir el riesgo al que están expuestos sin importar las experiencias previas desastrosas vinculadas con los ríos que han tenido, así comentan: “¿Qué más se va a hacer? Eso ocurre y ya” (Diario de campo, 21 de septiembre de 2017).

Los desastres naturales generan consecuencias traumáticas, como es la irrupción de la cotidianidad y cambios en el comportamiento de las personas, impactando en las percepciones de los individuos que varían de acuerdo al género, la edad y el nivel educativo. Al encontrarse ante una situación de peligro, las respuestas de los habitantes no suelen ser efectivas, sino que en ellas predomina un aspecto más emocional, evidenciando nuevas situaciones conflictivas en las relaciones sociales previamente establecidas que antes hacían parte de lo cotidiano (Barrera, 2005).

La percepción del riesgo es vivida desde los diferentes espacios que integran el espacio doméstico y depende de las experiencias previas con relación al río de los individuos de la vereda San Agustín. En la truchera donde vive y trabaja Fernando Carmona, la avenida torrencial de 2015 generó grandes pérdidas materiales y económicas para él y su familia. A partir de este suceso, él comenta:

uno enseñado al río a verlo grande, a no ponerle atención, lo miré crecido, pero yo volví me acostar, pero no me dormí. No me dejaba tranquilo el olor a lodo y las piedras que traqueaban muy duro. A partir ese momento uno dice eso ya fue lo que fue. Después empecé a poner atención a las piedras para darme cuenta del nivel del río (Entrevista personal con Fernando Carmona, 27 de septiembre de 2017).

Al vivir un suceso desastroso se genera una interacción simbólica, las personas construyen significados y los articulan, los enfrentan y los relacionan con otros elementos. Y es en la cotidianidad de su espacio doméstico que los significados cobran importancia al dar muestra de los procesos que allí se viven (Barrera, 2005). Es así como las piedras y demás elementos cercanos al río cobran relevancia en el actuar de la población de la vereda San Agustín.



Figura 3. Linimetro pintado por Corantioquia

Fuente: tomada por la investigadora el 23 de septiembre de 2017.

Otras personas asumen el riesgo de una manera más emocional, lo que impide la interacción simbólica con el medio natural, dado que el individuo se ocupa más en afrontar sus temores que en buscar una solución para prevenirlos (Verdugo, 2003). Al afrontar sus miedos, se toman acciones inmediatistas, mas no a largo plazo. Muchos de los relatos de la avenida torrencial de 2015, cuentan cómo se afrontó la situación durante el suceso, mas no en búsqueda de soluciones o estrategias preventivas: “1

Llorando, yo no hacía si no llorar cada que veía nubado o el río crecido, yo con la ropita en un costal para salir pa’ la calle, si algo pasaba pa’ salir pa la calle con ese costal. Un día pasó que se creció mucho ese San Agustín, yo lo veía en lodo, lodo y con mucha agua. Cogí el costal y dos taburetes los llevé ahí afuera antes de salir a la calle, los tapé con plástico, si algo pasa yo salgo corriendo,

estaba muy pendiente de ese río. Pendiente si veía que se iba a meter allá, eso era muy miedoso. (Entrevista personal con Miriam Bolívar, 27 de septiembre de 2017)

Estos miedos y percepciones del riesgo se manifiestan en el espacio doméstico. Después de un evento desastroso, el espacio doméstico se modifica determinando las condiciones y características de los objetos y de los sujetos que pertenecen a este. El espacio doméstico es poseedor de la doble condición característica de la intervención tanto de la materia, que afecta sustancialmente las cualidades de sus componentes dentro de la dimensión temporal, como de lo inmaterial propio de un lugar y del espíritu de quienes lo habitan. Por lo tanto, es un dominio de significados que va más allá de una colección de objetos y lugares (Chávez, 2007). Es por esto que muchas de las casas en la vereda se han visto modificadas por el paso de dos avenidas torrenciales, cada una generando cambios en cómo se concibe la casa tradicional cafetera y, por ejemplo, reubicando la cocina que se encontraba en la parte trasera conectada con el patio, dando hacia el río.

El río se metía, se arrimaba a los corredores a dejar basura, palos, piedras y lodo. Ya después de eso se cambió la cocina para adelante. Hubo que hacerle varias modificaciones a la casa, porque también se llevó los pasamanos eran calados y toco poner muro cerrado. También se puso una alarma, eso me animó irme pa allá. Un amigo, conocido de nosotros de Medellín nos trajo la alarma, para que cuando estuviéramos dormidos, solo se llegó a sentir una vez... unos muchachos brincones me la quemaron, porque la pusieron a sonar, a sonar y sonar. (Entrevista personal con Miriam Bolívar, 27 de septiembre de 2017).

Por otro lado, no son sólo las cocinas, sino también las puertas y ventanas las que se hacen nuevamente, y demás accesos para poder salir en contra al río en el momento de que haya una creciente inesperada. Lucía Carmona, de aproximadamente 85 años, vivía en una casa al borde del río con su esposo e hijos, y se tuvo que pasar después de la avalancha de 2015, pues esta se llevó una habitación de la casa. Asimismo, tuvo que vivir la de 1995, pero en esta ocasión no hubo daños estructurales; sin embargo, el cura le recomendó hacer una ventana trasera por la cual pudieran salir (Diario de campo, 22 de septiembre de 2017). Asimismo, doña Blanca, de Cañada Honda, construyó una

salida por la parte de atrás de su balcón después de la avenida torrencial de 2015, para salir hacia la parte alta del cafetal y así salvaguardar su vida y la de sus hijas en una nueva creciente (Entrevista personal con Doña Blanca 27 de septiembre de 2017). A través de la percepción del riesgo se generan procesos cognitivos, emocionales, interpretativos y evaluativos que hacen que el individuo tome acciones sobre su medio, se haga una idea del entorno en el que vive y lo contextualice tomando conciencia de sí mismo (Barrera, 2005).



Figura 9. En la casa de doña Blanca se observa el acceso construido hacia el cafetal

Fuente: tomada por la investigadora el 23 de septiembre de 2017.

La consciencia de vivir en una zona de alto riesgo impregna todos los aspectos de su vida; la gran mayoría de los habitantes de la vereda San Agustín se ven afectados en su cotidianidad por las crecientes del río. Los pasos a través del río para desplazarse de sus casas y lugares de trabajo, son pasos improvisados construidos por los mismos habitantes, ya que el río, en sus fuertes crecidas, se ha llevado puentes y pasos más elaborados que no han sido reconstruidos por las autoridades encargadas. Así, entonces, los niños que asisten a la escuela diariamente deben pasar por un puente que no tiene barandas para asegurar su paso, pues no se cuenta con la seguridad necesaria. No sólo es la escuela, para ir a la casa de Nancy Ballesteros, presidenta de la Junta de Acción Comunal, se debe pasar por dos guaduas amarradas con alambre de púas, y la única manera de llegar es caminando o en mula. Sus hijos, que asisten a la escuela, no pueden ir en los días que amanece el río crecido, pues es mucho el riesgo que implica pasar por estos puentes improvisado (Diario de campo, 27 de septiembre de 2017).

Es por ello que la observación del río se ha vuelto tan importante para los pobladores de San Agustín, pues “ya uno ya conoce este río y sabe cuándo se crece, uno mira para arriba y uno ya sabe, porque se ve el chorro allá en la montaña y mire ahora está pequeñito” (Entrevista personal con los hermanos Betancur, 27 de septiembre de 201-). Es así como ellos perpetúan su orden social constituido y mantienen sus actividades cotidianas, las cuales se construyen como resultado de las recurrentes crecidas del río, que los afectan para alcanzar sus proyectos de vida, especialmente el laboral y escolar, alrededor de los cuales gira la mayor parte de su vida en comunidad.

Por ello, planteamos entender los riesgos como potencialidad y los desastres como la concreción, siendo resultados de las formas en que se desenvuelven y reproducen las relaciones sociales. El espacio juega un papel trascendental en tanto producto, medio y condición, entendiendo la complejidad de las dimensiones en que la producción material y simbólica de las prácticas cotidianas son uno de los caminos para la comprensión de la percepción social del riesgo (Ríos, 2011).

8.2.1. Percepciones del riesgo asociada al tiempo

La situación de riesgo por avenidas torrenciales en la región de la Cordillera Central colombiana es muy clara. La recurrencia de los eventos naturales durante las temporadas de lluvias en el municipio de Andes genera una preocupación a los habitantes de zonas declaradas de alto riesgo, al igual que a las autoridades encargadas de la gestión del riesgo del municipio. En esta zona hay una alta recurrencia de eventos desastrosos como son deslizamientos y avenidas torrenciales que, para el municipio, son la tercera causa de desastres con mayor recurrencia en el último siglo (Restrepo, 2002; Polanco, 2005).

La vereda de San Agustín es declarada en su totalidad zona de alto riesgo de avenidas torrenciales por las autoridades municipales desde 2007 en el Plan de Ordenamiento Territorial, dando a conocer a sus pobladores los riesgos que corren al no respetar los linderos del río y no contar con las prácticas adecuadas de manejo de residuos (Alcaldía de Andes, 2007). En esta pequeña vereda del corregimiento de Santa Rita se han presentado dos eventos desastrosos que aún permanecen en la memoria de sus habitantes: la avenida torrencial ocurrida en una vereda vecina entre 1993-1995 por el río Tapartó, que generó una fuerte creciente del río Santa Rita. Por ese evento no hubo pérdida de vidas humanas ni materiales. La avenida torrencial de 2015 de los ríos Santa Rita y San Agustín que se crecieron al mismo tiempo, destruyeron nueve casas en Cañada Honda, pero, afortunadamente, no hubo pérdida de vidas humanas. Estas experiencias previas han generado una serie de discursos y preocupaciones alrededor de los ríos que evidencia una preocupación por lo que pueda pasar a futuro. Piedad Rodas, habitante de Cañada Honda, comenta que “este río de aquí a unos años se lleva todo esto, pero uno tan pobre para donde más va a pegar” (Entrevista personal con Piedad Rodas, 27 de septiembre de 2017)



Figura 10. Línea de tiempo realizada con los habitantes de la vereda San Agustín convenio 1512-169 de 2015

Fuente: Universidad Nacional-Corantioquia.

Al hablar de riesgo, se habla de un evento desastroso a futuro donde la experiencia de la situación actual cambiará, convirtiéndose a futuro en una tragedia o desgracia (Evans, 1993). Los habitantes de San Agustín ya han vivido experiencias desafortunadas con la irrupción del río en su cotidianidad. Ulises, esposo de doña Miriam Bolívar, habla de las experiencias previas que ha tenido con el río y cómo la del 2015 ha sido, sin duda, la más fuerte: “eso no sabe uno, porque uno ha vivido toda la vida por aquí y esa es la primera que se ha visto, claro que otra vez si se había metido así, pero nunca como esta vez” (Entrevista personal con Miriam Bolívar, 27 de septiembre de 2017). Al tener experiencias previas con eventos desastrosos, se pensaría en la toma de acciones por parte de los pobladores y entes encargados para prevenir o dejar atrás la situación de riesgo que se presenta en las zonas declaradas de alto riesgo de avenidas torrenciales, las cuales tienen una gran fuerza destructiva poniendo en peligro sus vidas, pero no hay una conciencia plena de la situación de riesgo por parte de las personas afectadas.



Figura 11. Antigua casa de Lucia Carmona

Fuente: tomada por la investigadora el 23 de septiembre de 2017 en la vereda San Agustín.

Para que las personas puedan entender el acontecer de un futuro desastroso, deben comprender su futuro cercano y su futuro lejano antes de que las cosas regresen a la normalidad, porque se distorsionan las interpretaciones temporales. Después de un tiempo transcurrido de un desastre, se regresa a los valores originales, las experiencias no dejan un efecto duradero en las percepciones futuras (Evans, 1993).

Los pobladores de la vereda saben que se encuentran en riesgo, pero al transmitirse el mensaje técnico por parte de los profesionales de las alcaldías municipales, se generan una serie de suposiciones que dificultan la comunicación. La primera es que los individuos a los que se quiere informar se encuentran involucrados emocionalmente

con los diferentes ámbitos de sus vidas, por ende, le dan un mayor valor al hecho de estar vivos. Esto no sólo como una precondition para que cada individuo se prepare para los eventos que ocurrirán a futuro por su propia voluntad, sino para lograr el reconocimiento y percepción de dichos eventos. La segunda es que exista cierta concordancia en lo que significa trasladarse del presente al futuro, donde existe un entendimiento consciente y emocional sobre el transcurrir del tiempo (Evans, 1993). Como se evidencia en algunos discursos de los habitantes de San Agustín, quienes no toman posición sobre su futuro y muestran un desinterés por los avisos técnicos, al preguntarle a Yuli Restrepo sobre lo que puede pasar a futuro con el río ella responde: “Jum... no sé por qué mucha gente dice que pa’ arriba eso es un riesgo total para la vereda San Agustín, pues sí nos tienen advertidos que esta zona es de alto riesgo” (Entrevista personal con Yuli Restrepo, 27 de septiembre de 2017). Se sabe que se está en riesgo, pero no se asume ninguna postura ante el hecho.

Ante la pregunta sobre la percepción del riesgo, aún en condiciones en las que es evidente y donde se ha comunicado técnicamente, parece operar un distanciamiento con los eventos. En San Agustín, doña Berenice López, una señora de aproximadamente 60 años, tiene su finca de recreo en Cañada Honda, muy cercana al río; la avenida torrencial de 2015 se llevó una de las casas de su propiedad. Durante la entrevista realizada el 27 de septiembre de 2017, al preguntarle por lo que podría pasar a futuro con sus casas en este terreno, ella comenta:

Dicen que eso sucede cada 20 años, no sé si será verdad. A mí, miedo no me da; no es que yo sea muy berraquita, sino que yo digo que ya pasó lo más grave. Aunque los mayordomos están aburridos y están buscando para dónde irse. Hace poquito volvió a meterse el río llevándose un pedazo de carretera, cada vez que el río se reboza se entra para acá, pero no alcanza a entrarse a las casas. Dios sabrá si va a permitir otra cosa de esas tan grandes. (Entrevista personal con Berenice López, 27 de septiembre de 2017).

Estas posturas distanciadas se dan por que la gente piensa que no pueden ocurrir cambios abruptos y radicales que podrían llegar a destruir sus vidas en cualquier momento. La mayoría creen que los cambios se dan de forma gradual o, por lo menos,

con un aviso anticipado, de manera en que se da un día tras otro (Evans, 1993). Por consiguiente, las personas se sienten cómodas con la idea de una consistencia lógica en cómo se dan los eventos, pensando en una seguridad inmediateista basada en la seguridad de ayer y de hoy; esta experiencia del tiempo lineal y de continuidad pasa desapercibida. Pero es de esta experiencia de cambios graduales que se le da un significado al desastre, ya que este depende en cierta medida de la cotidianidad de las personas y de cómo el desastre irrumpe en ella (Kastenbaum, 1974).

La visión de futuro varía dependiendo del individuo, de sus capacidades para reconocer el valor social de cambio planificado y para implementarlo. Para los individuos, el mensaje dado sobre un tiempo futuro se les hará difícil su comprensión, ya que las capacidades individuales para entender el tiempo futuro son un reflejo del ambiente social, el cual está vinculado al ciclo de expectativas y satisfacciones vividas. Cada persona puede pensar en pasado o en futuro, pero en la práctica estos horizontes pierden solidez, pues la práctica está estrechamente relacionada a su modo de vida, donde es muy distinto el tiempo para un campesino que para alguien de ciudad (Evans, 1993).

La percepción del tiempo está asociada a marcos sociales, los cuales están vinculados a los modos vida que se prolongan más allá de las expectativas de vida individuales; así, puede crearse bajo valores institucionales que les brinden a los individuos conceptos sobre la naturaleza del futuro social. En un contexto cultural como el occidental, se debe tener en cuenta que no se tienen valores institucionales a largo plazo, por lo que el peso del futuro recae sobre cada individuo, al estar enmarcados en un sistema neoliberal, da prevalencia al individualismo (Boniecki, 1980).

Cabe rescatar que, actualmente, hay un creciente interés social en los ecosistemas ambientales, para los que se requiere un pensamiento más profundo sobre los problemas humanos, entendiendo que somos responsables como sociedad de los problemas ambientales que se presentan en la actualidad. Así que, al hablar de problemas más

profundos, nos referimos a pensarnos en un tiempo y un espacio donde acontecen acciones y procesos sociales que afectan los ecosistemas naturales y humanos.

La idea de ubicar los procesos ambientales en un contexto temporal y espacial, es relativamente nueva y todavía se considera propiedad de ciertos grupos, como conservacionistas y profesionales; sólo algunos han podido captar el largo plazo. Para la mayoría de la gente, el futuro práctico, para el cual se toman decisiones y precauciones, se limita a eventos cercanos (Evans, 1993).

8.2.2. Instituciones encargadas de prevención de riesgos y desastres naturales

La reducción de los riesgos por desastres naturales se ha vuelto un tema de importancia a nivel mundial. Ha generado acuerdos internacionales para su reducción, a los cuales Colombia se ha acogido, como es el Marco de Sendai para la Reducción del Riesgo de Desastres. Se esperan resultados tales como lograr la reducción sustancial del riesgo de desastres y de las pérdidas ocasionadas por los desastres, tanto en vidas, medios de subsistencia y salud, como en bienes económicos, físicos, sociales, culturales y ambientales de las personas, las empresas, las comunidades y los países. Para lograr este resultado, se requiere que los dirigentes políticos, a todos los niveles, se comprometan firmemente y se vinculen en la aplicación y el seguimiento del Marco; es necesaria la creación de un entorno propicio donde todos los actores se integren. El objetivo general es prevenir la aparición de nuevos riesgos de desastres y reducir los existentes, implementando medidas integradas e inclusivas de índole económica, estructural, jurídica, social, sanitaria, cultural, educativa, ambiental, tecnológica, política e institucional que prevengan y reduzcan el grado de exposición a las amenazas y la vulnerabilidad a los desastres, aumentando la preparación para la respuesta y la recuperación, reforzando así la resiliencia (1512-169 de 2015 Convenio Universidad Nacional- Corantioquia, 2015).

Colombia, para asumir estos retos, crea por sanción presidencial la Ley 1523 de 2012, la cual adopta la política nacional de gestión del riesgo de desastres y, por medio de esta, se establece el Sistema Nacional de Gestión del riesgo de Desastres, en el cual la Gestión del Riesgo se considera un proceso social orientado a la formulación, ejecución, seguimiento y evaluación de políticas, estrategias, planes, programas, regulaciones, instrumentos, medidas y acciones permanentes para el conocimiento y la reducción del riesgo, con el propósito de cumplir con los lineamientos establecidos en el Marco de Sendai (Galeano, 2017).

El Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastre funciona bajo un conjunto de entidades nacionales del orden público, privado y comunitario que, articuladas con las políticas, normas y recursos, tiene como objetivo llevar a cabo el proceso social de la gestión del riesgo, con el propósito de ofrecer protección a la población en todo el territorio nacional en busca de mejorar la calidad de vida, la seguridad y el bienestar de todas las comunidades colombianas (UNGRD, 2018).

Está compuesto por seis instancias de orientación y coordinación que consisten en un Consejo Nacional de la Gestión del Riesgo, en cabeza del presidente de la república y sus ministros. Así, en un segundo momento, la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres –UNGRD– es la encargada de la coordinación de todo el Sistema Nacional y de dirigir la implementación de la Gestión del Riesgo, atendiendo las políticas y el cumplimiento de la normatividad interna. En tercer lugar, se ve la importancia del conocimiento del riesgo por parte de la población colombiana, el cual está a cargo del Comité Nacional para el Conocimiento del Riesgo que asesora y planifica la implementación permanente del proceso de conocimiento del riesgo, donde la Asociación de Corporaciones Autónomas Regionales, la Federación Nacional de Departamentos y la Federación Colombiana de Municipios son responsables de la divulgación del conocimiento. Por otro lado, se integra un Comité Nacional para el Manejo de Desastres encargado de la implementación del proceso de manejo de desastres. Este comité está encabezado por el Director de la UNGRD, el director del Departamento Nacional de Planeación y los comandantes o directores del Ejército

Nacional, la Armada Nacional, la Fuerza Aérea Colombiana, la Policía Nacional, la Defensa Civil, la Cruz Roja Colombiana y la Junta Nacional de Bomberos, Consejos Departamentales, distritales y municipales para la Gestión del Riesgo (UNGRD, 2018). En estos dos últimos momentos es donde las alcaldías municipales empiezan a tener participación en la gestión del riesgo, ya que son ellas las encargadas de dar a conocer el riesgo a las poblaciones, además de los Planes de Ordenamiento Territorial (POT), que tienen como propósito evitar que se siga construyendo en zonas de alto riesgo.



Figura 12. Organigrama del Sistema Nacional de Gestión del Riesgo

Fuente: [En línea:] <http://portal.gestiondelriesgo.gov.co>.

En estas instancias, la coordinación, asesoría, planeación y seguimiento debe ser garantizada bajo principios de efectividad y articulación de los diferentes organismos que se encuentran vinculados, para llevar a cabo los procesos de la Gestión del Riesgo en

la entidad territorial correspondiente (UNGRD, 2018). Cabe anotar que, para el municipio de Andes, hay un Consejo Municipal para la Gestión del riesgo de desastre donde se articula a través de la alcaldía, la Corporación Regional Corantioquia y los bomberos del municipio.

Es de resaltar que el trabajo de cooperación de todas las entidades hace parte del sistema y no se hace de manera independiente, sino que apunta a la integralidad de las comunidades y sus habitantes, haciéndolos responsables de acciones que permitan la seguridad de todos (UNGRD, 2018).

Es por medio de los Planes de Ordenamiento Territorial de las alcaldías municipales que se da a conocer los riesgos del municipio y las zonas consideradas de alto riesgo, para así salvaguardar la vida de los pobladores de estas zonas como lo estipula el Sistema Nacional de la Gestión del Riesgo de Desastres. En el caso del municipio de Andes, se encontró en el apartado de prevención y atención a desastres, donde se especifica que este municipio, por encontrarse sobre la Cordillera Occidental, está clasificado como una zona de alto riesgo. Los puntos de mayor vulnerabilidad se presentan en las llanuras de inundación de los ríos Santa Rita, San Agustín y Tapartó, con sus asentamientos (Alcaldía de Andes, 2016). Por otro lado, el Plan de Ordenamiento Territorial del municipio tipifica la llanura de inundación del río Santa Rita como de alto riesgo de avenidas torrenciales, y es en esta llanura donde se encuentra la vereda San Agustín. En consecuencia, se ha generado para esta zona un plan de reforestación a corto plazo, además de que se ha estipulado que no debe haber más de una vivienda por cada 57 m², por lo tanto, predios menores a los metros estipulados no podrán ser parcelados (Alcaldía de Andes, 2007).

En el municipio de Andes se viene adelantando una serie de acciones para conocer el riesgo bajo tres líneas de acción direccionadas al riesgo de desastres que son: conocimiento del riesgo de desastres, reducción del riesgo de desastres y manejo de desastres. Nos comenta Juan Gabriel Cardona, encargado de la gestión del riesgo en el municipio, que

en la línea de tiempo se está haciendo un proyecto muy grande el cual se piensa articular a la actualización del plan de ordenamiento territorial. Ese estudio se llama estudio básico de susceptibilidad de amenazas de riesgos por desastres, se está llevando a cabo con la Universidad Nacional bajo el liderazgo del grupo GEMA. En el estudio de conocimiento del riesgo se espera al finalizar tener unos mapas con unas zonas establecidas con los niveles de amenaza baja, media o alta, en cuanto a deslizamientos, movimientos en masa, inundaciones y avenidas torrenciales. En ese estudio lo que se ha logrado es ejecutar dos fases, donde en la primera fase lo que se logró fue hacer una recopilación de información tanto teórica como histórica, para darle una base científica al estudio, el cual solo se basa en la ocurrencia de eventos. Hasta el momento en el municipio solo se ha trabajado lo técnico desde el comportamiento de la naturaleza. (Cardona, 2017, p. 100).

El municipio de Andes se acoge a las normativas desde el Sistema Nacional de la Gestión del Riesgo de Desastres a través de los Planes de Ordenamiento Territorial, los cuales cumplen con una serie de acciones, decisiones y regulaciones que definen el uso racional de un determinado espacio físico territorial, donde se definen aspectos trascendentales de la vida en comunidad, como es su dimensión y proyección espacial. Es la regulación del espacio, una materia que involucra un gran número de relaciones y articulaciones entre los miembros de la sociedad, afectando sus prácticas cotidianas en relación a su espacio. La relación entre el entorno cultural y natural genera innumerables tensiones que subyacen la regulación del uso del espacio y más cuando son declaradas zonas de alto riesgo (Cabeza, 2008).

Se pierde de vista que se trata de un espacio geográfico integrado por comunidades que se lo piensan y se articulan en él, siendo un conjunto entre elementos naturales, socioeconómicos, culturales y político administrativos, ordenados que están sometidos a una lógica de distribución y organización funcionalmente jerarquizada, donde en muchos casos las comunidades pierden su autonomía a pensarse el uso del territorio (Cabeza, 2008). Los planes de desarrollo y de ordenamiento territorial, están reglamentados a nivel nacional con una influencia de lo que se ha hecho en otros países.

La incorporación en Colombia tiene su origen en la Constitución Política (Art. 311) y fue reglamentada en la Ley Orgánica del Plan de Desarrollo (Ley 152 de 1994) y

desarrollada por la Ley 388 de 1997 (Ley de planificación territorial municipal), lo que obliga a los municipios colombianos a realizar planes de ordenamiento territorial (POT) (Cabeza, 2008). A partir la Ley 1523 del 2012, la gestión del riesgo se articula de manera obligatoria a estos planes de ordenamiento territorial, con el propósito de lograr la reducción del riesgo a nivel nacional (Universidad Nacional y Corantioquia, 2015).

De acuerdo con este concepto, de lo que se trata, entonces, de ordenar la ocupación humana y el uso que la sociedad le da al territorio, incluidos los soportes naturales, económicos, sociales, culturales y político-administrativos sobre los que descansa tal ocupación, siendo los riesgos de origen natural un tema de suma importancia en los discursos institucionales de la gestión del riesgo, al articularse con los usos que se le da al territorio por parte de las comunidades; el ordenamiento se enfrenta, entonces, a una realidad compleja y conflictiva. Mientras más humanizado está el territorio, más complejo será su ordenamiento, pues más diversos y contradictorios serían los intereses en juego y las divergencias frente a la imagen objetivo o modelo territorial futuro a lograr (Cabeza, 2008).

La gestión del riesgo y los planes de ordenamiento territorial van de la mano de las instituciones para crear así discursos que surgen como una prerrogativa del Estado, siendo hechos avalados por la legislación existente nacional, se les da la importancia a los desastres como hechos de “seguridad ciudadana” y a la “seguridad del Estado”. La gestión del riesgo nace como una estructura de preferencia estatal y, en consecuencia, está limitada o potencializada por ideologías, prácticas y estructuras estatales existentes (Lavell, 1996).

Es así como las poblaciones locales no se escapan a la regulación estatal, donde se planifica y piensa el territorio de acuerdo a prácticas y discursos estatales, alrededor de la gestión del riesgo como una preocupación a nivel mundial.

Se consideran, entonces, la manera como se dan las prácticas estatales por la planeación del territorio que modifican la vida cotidiana de las comunidades, donde el

Estado es un actor social más, que porta sus ideas y prácticas diferenciables que responden al contexto histórico y social de cada territorio, respondiendo a convenciones e intereses particulares de un grupo, el cual pretende ser el interés general de una sociedad (Lavell, 1996).

Desde este planteamiento vemos cómo la vereda San Agustín, es declarada como zona de alto riesgo, y la primera acción por parte de la alcaldía es dar a conocer la situación a los pobladores de la zona y es desde el conocimiento que se van a tomar decisiones; por ello, la idea es que a partir de este conocimiento se modifique el actual Plan de Ordenamiento territorial (Cardona, 2017). Este sólo contempla la tipificación de la zona como de alto riesgo, pero no habla de las acciones que se deben tomar de la mano de las poblaciones al respecto. En este se plantea que casi todo el municipio de Andes está en riesgo, pero que no se puede hacer más que eso. “desde la alcaldía se piensa en tomar acciones ya que hay lugares que son más susceptibles a tener sistemas de alerta temprana u otro tipo de herramientas preventivas que ayuden a disminuir los riesgos para las poblaciones, porque hasta el momento en el Municipio solo se ha hecho atención a emergencias” (Cardona, 2017, p. 9, 30).

Para los pobladores de la vereda aún no se ha visto una acción concreta del Estado en cuanto a la mejora de las condiciones de la comunidad amenazada por la irrupción de un nuevo desastre de cuenta del río Santa Rita; por el contrario, se les ha negado la instalación servicios públicos básicos después de la avenida torrencial de 2015, como mecanismo para desalojarlos, pues para la alcaldía invertir en la vereda es “platica perdida”, ya que, según la tipificación de la zona y estudios técnicos, las avenidas torrenciales en esta zona tiene una recurrencia de 20 años.

La Alcaldía de Andes encuentra limitaciones en su hacer en cuanto a parar la construcción de nuevas viviendas en zonas de alto riesgo. Hay una nueva ley que restringe la construcción de viviendas en zona de alto riesgo; no se puede evitar que se construya con la Ley 383, sino que se haga bajo unas medidas de mitigación apropiadas para el terreno. Esto implica un mayor costo económico para quienes vayan a construir,

lo que desanima la construcción en estas zonas al tener que realizar estudios de suelo e invertir en una infraestructura técnica que va en contra de las costumbres constructivas de los municipios rurales en Colombia. En el municipio se sigue construyendo de manera empírica de la mano de albañiles del pueblo, sin realizar ningún estudio técnico, con implicaciones en cómo viven en relación al río; no contar con acueducto, alcantarillado ni infraestructura para la movilización dentro de la vereda (cuentan con pasos artesanales por el río) pone en riesgo la seguridad de los pobladores en su cotidianidad. La realidad de los habitantes no coincide con lo estipulado en la ley (Cardona, 2017).



Figura 13. Paso a la casa de Nancy en la vereda San Agustín

Fuente: tomada por la investigadora el 23 de septiembre de 2017.

A los pobladores no les ha quedado otra opción que adaptarse, ya que hasta el momento no tienen posibilidades de realizar acciones de forma directa y colectiva; aprovechan cada oportunidad disponible para aminorar las consecuencias dejadas por el desastre. El no enfrentarse al Estado para exigir una reubicación, es una salida más fácil que no les implica un cambio en su estilo de vida. En últimas, pareciera que prefieren no reconocer la normatividad, pues comprenderla sería aceptarla sin aminorar su estado actual de riesgo (Scott, 2000).

Lo visto en este capítulo es que, si bien las políticas y acciones institucionales se han ocupado de la problemática de las avenidas torrenciales y, en general, de los desastres naturales, este asunto no podrá ser gestionado eficientemente sino logra involucrar a las poblaciones locales y considerar sus prácticas cotidianas.

9. Consideraciones finales

Los peligros se cotidianizan, hacen parte del agua y del viento. Por más que se den los controles más estrictos para apaciguar los riesgos a través de la defensa y la prevención ante la amenaza natural, para los habitantes de zonas de alto riesgo sólo queda, aparentemente, la negación para mantener la tranquilidad. Los afectados quedan condenados a la pasividad (Beck, 1986). Son, en últimas, asuntos más estructurales del nivel de los sistemas económicos, políticos y productivos. En la dinámica transformadora de la fuerza humana —más una fuerza destructiva—, los procesos de deterioro ambiental vinculados a la percepción del riesgo, no deben ser evaluados desde el evento desastroso, sino desde cómo se gestan para así remitirnos a instrumentos de medición, a teorías con énfasis en las dimensiones sociales, donde la vida cotidiana —como un enfoque de investigación cualitativo— cobra relevancia a través de las estructuras y prácticas de los seres humanos para la reproducción social y la creatividad, cargadas de implicaciones morales.

Es en el sistema social donde los individuos utilizan los peligros del ambiente para sostenerse criticando o disculpándose por aceptar los riesgos cargados de implicaciones morales (Douglas, 1996), ya que estos no son un ente material objetivo, sino una construcción intelectual de los miembros de la sociedad que se presta, principalmente, para llevar a cabo evaluaciones sociales de probabilidades y de valores (Acosta, 2005).

Entender la percepción del riesgo implica reconocer y aceptar su dimensión social, porque su percepción y construcción es en sí un fenómeno social, que emana de sus creencias y visiones dominantes (Acosta, 2005). Son las relaciones sociales de producción las que van definiendo los espacios riesgosos creados por la misma sociedad, y es a partir de ello que se definen los dos componentes primordiales para que se produzcan los desastres: el riesgo y la vulnerabilidad. La globalización de los modelos económicos y sociales occidentales del capitalismo, ha generado una mercantilización de

la tierra. La producción del espacio no escapa a la lógica de la globalización, la cual disminuye la autonomía de los territorios desde su accionar local. Por tanto, un territorio no sólo responde a las políticas nacionales o a quienes lo habitan, sino que en él se gestan una suerte de interacciones entre los diferentes actores nacionales e internacionales, siendo la producción del espacio un proceso histórico que, en el caso del Suroeste Antioqueño, está enmarcado por la historia productiva del café como actividad económica que genera una serie de características en la composición espacial de la vereda San Agustín, conformando un espacio cultural, donde el modo de vida y rasgos materiales son característicos de la región cafetera; resulta un legado simbólico y de imaginarios que hacen parte de la forma en que se percibe el riesgo en la región.

Es en la producción cafetera, en el trabajo en finca y el hogar, que se integran el espacio doméstico y el río bajo la necesidad de asentarse cerca las fuentes de agua para el riego y mantenimiento doméstico, como parte de las actividades de la vida cotidiana de los pobladores de la vereda San Agustín. Desde la arquitectura típica de la región cafetera se da respuesta a las necesidades de vivienda en regiones con una topografía montañosa con abundantes fuentes de agua, estableciéndose una relación de las formas de percibir el espacio en consonancia con los límites naturales del río, delimitándose los espacios de interacción social de la verdad.

Además de la producción cafetera, las políticas internacionales para la prevención del riesgo han tenido una fuerte influencia en la forma en la que se percibe el riesgo en la vereda San Agustín. Estas buscan involucrar a las poblaciones desde sus prácticas cotidianas en la prevención del riesgo, generando discursos que se articulen con las experiencias previas de eventos desastrosos de los habitantes. Se promueve su participación en la implementación de sistemas comunitarios de alertas tempranas, buscando validar sus conocimientos sobre el río y así poder generar los avisos de alerta antes de que ocurra el evento desastrosos, con el fin de salvaguardar sus vidas. Bajo estas estrategias, Corantioquia ha buscado vincular a los habitantes de la vereda San Agustín en la prevención del riesgo a través de talleres e intervenciones en el espacio doméstico, modificando sus prácticas cotidianas mediante la materialización de sus percepciones

por medio de elementos como pluviómetros, limnímetros pintados en piedras, alarmas y sensores en el río.



Figura 14. Casa de Juan Diego Ossa y Nancy Ballesteros, pluviómetro entregado por Corantioquia y la Universidad Nacional

Fuente: tomada por la investigadora el 23 de septiembre de 2017.

En el espacio doméstico de la vereda San Agustín se da un diálogo entre los diferentes discursos sobre la percepción del riesgo, donde el tiempo, las experiencias previas y las instituciones encargadas de la gestión del riesgo han dejado su huella, la cual se evidencia tanto en el discurso de los pobladores que saben el riesgo que corren sus vidas, sus casas, pasos y trabajos, y esperan salir de la zona. El río es visto como un elemento vivo cambiante, el cual pone el ritmo a muchas sus actividades diarias. De él depende poder ir al trabajo y a la escuela; sus pasos improvisados sólo dan muestra de cómo la población se ha tenido que adaptar.

el río estaba muy alto el caudal, nosotros tenemos que cruzar con las mulas para subir el material de trabajo, y al estar tan alto, las mulas no pueden cruzar. Así ha pasado muchas veces, ese es el trabajo de él y el mío. Cuando hay que ir o llevar café toca parar trabajo o cambiar el funcionamiento de ese día. Por ejemplo, Jaime, si el río no da paso, él no tiene cómo trabajar ese día, porque no hay como pasar las mulas. (Entrevista personal con Diana Foronda, 23 de septiembre de 2017).

Adaptarse a las dinámicas del río y de la lluvia que trae el día a día, es la solución a corto plazo que dan los habitantes de la vereda al hecho de vivir en una zona de alto riesgo. Reconocen las consecuencias que un mal día de lluvia puede traer para ellos y sus bienes materiales. Así que, buscando aminorar la falta de apoyo estatal por parte de la Alcaldía de Andes, cuya atención pos desastre en cuanto a la reconstrucción de carreteras y pasos seguros para su movilidad en la vereda no se ha dado, no reconocen la normatividad, pues el hecho de comprenderlas sería aceptarlas, con lo cual se verían obligados a realizar cambios en su forma de vida (Scott, 2000).

El Estado colombiano no parece haber entendido la integración entre los procesos ambientales y el sistema social; estos procesos deben ser ubicados en un contexto temporal y espacial, para poder involucrar a los ciudadanos en los procesos de cambio en cuanto al riesgo. Si este es una construcción social, el río es un espacio vivo, el cual se modifica y cambia por y con la interacción. Los riesgos pueden ser entendidos como una potencialidad y el desastre como su concreción, resultado de cómo se desenvuelven y reproducen las relaciones sociales.

La percepción del riesgo en la vereda es variada, esta depende de varios factores, siendo un factor clave el haber vivido una de las experiencias desastrosas, como las que se han presentado en la vereda con los ríos. Los diferentes discursos de los pobladores respecto al riesgo parten de la forma en que se relacionan con su espacio doméstico y cómo perciben el mundo desde sus creencias religiosas, temporales y emocionales, dándole así un sentido racional o emocional a la forma de percibir el riesgo. A partir de estas percepciones, toman acciones y reacciones tanto en el momento del suceso desastrosos, como antes del suceso para prevenirlo. La modificación y adaptación de los diferentes espacios de la vereda, como son las casas y caminos, buscan prevenir o aminorar la situación de riesgo, son acciones tanto estructurales como simbólicas. Con estructurales, me refiero a las modificaciones en las casas como creación de nuevas puertas y ventanas, cambio de lugar de las cocinas, construcción de puentes artesanales y muros de contención. En cuanto a las simbólicas, es la asociación que se hace de elementos naturales con el riesgo, donde piedras, caminos y guaduas toman importancia para la prevención al ser asociadas con la amenaza que representa el río para su cotidianidad.

Al ser diversos los discursos, los pobladores de la vereda pueden variar la forma de nombrar el riesgo, siendo para unos muy claro el hecho de estar el riesgo y para otros es una incertidumbre dejando todo en manos de Dios. Los primeros reconocen su implicación en construcción del riesgo al tener un mal manejo de los residuos sólidos y en la relación histórica que se ha tenido con los ríos, lo que evidencia una fuerte carga institucional desde el discurso y la intervención en los espacios de la vereda, ya que en esta población se ha contado con acercamientos de instituciones como Corantioquia y su implementación de los sistemas de alerta temprana comunitarias, donde se han llevado cabo charlas con el fin de concientizar a la población sobre el riesgo y fortalecer la resiliencia a partir de estrategias comunitarias —como es la observación de los cambios en el río por parte de la comunidad—.

Como he tratado de mostrar, en el espacio doméstico es posible observar las complejidades de las dimensiones material y simbólica de las prácticas cotidianas; estas

se leen en las materialidades del espacio doméstico. La observación y comprensión de estas prácticas espaciales cotidianas y domésticas, constituyen uno de los caminos para la comprensión de la percepción social del riesgo.

10. Referencias bibliográficas

- Universidad Nacional y Corantioquia. (2015). *Implementacion de Sistemas de Alertas Tempranas -SAT- en municipios con alto riesgo de avenidas torrenciales y/o inundacion y apoyo a consejos municipales de Gestion del Riesgo-CMGDR*. Convenio1512-169 de 2015. Medellin: Universidad Nacional.
- Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres –UNGRD–. (2018). Tomado de <http://portal.gestiondelriesgo.gov.co/Paginas/Estructura.aspx>.
- Directiva Precidencial. (2011). Bogota: Presidencia de la Republica de Colombia.
- Acosta, V. G. (2005). *El riesgo como construccion social y la construccion social del riesgo*. Tomado de <http://www.redalyc.org/pdf/139/13901902.pdf>.
- Alcaldía de Andes. (2007). *Plan de ordenamiento territorial del municipio de Andes*. Andes: Municipio de Andes.
- Alcaldía de Andes. (2016). *Andes: inclusión, orden y Progreso Verde*. Andes: Municipio de Andes.
- Andes, A. d. (2007). *Plan de ordenamiento territorial “Andes ciudad educadora”*. Andes: Alcaldía de Andes.
- Arocena, J. (1997). Globalización, integración y desarrollo local. *Aportes para el Estado y la Administración Gubernamental*.
- Amann Alcocer, Atxu. (2005). *La mujer y la casa*. Madrid: Universidad Politecnica de Madrid.
- Ávila, B y Gonzáles,E . (2014). Percepción social de los eventos climáticos extremos: una recisión teórica efocada a la reduccion del riesgo. *Trayectos*, 16(36), 36-58.
- Barrera, L. H. (2005). El caso de los sobrevivientes del deslizamiento de Villatina (1987): estudio etnográfico. *Revista de Salud Publica*, 16-25.

- Baztan, A. A. (1995). *Etnografía: metodología en la investigación sociocultural*. México: Alfaomega.
- Beck, U. (1986). *La Sociedad del Riesgo*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Bedoya, C. P. (2005). Compilación y análisis de los desastres naturales reportados en el Departamento de Antioquia exceptuando los municipios del Valle de Aburrá-Colombia, entre 1920-1991. *Ingeniería y Ciencia*, 45-65.
- Bedoya, M ; Contreras, C y Ruiz, F . (2010). *Estudio nacional del agua: Alteraciones del regimen hidrológico y de la oferta hídrica por variabilidad y cambio climático*. Medellín: IDEAM.
- Boniecki, G. (1980). What are the limits to mans time and space perspectives? Toward and definition of realistic planning horizon. *Techonogical forecasting and social change* 17, 161-175.
- Burton, K. (1964). The perception of natural hazards in resource magnament. *Natural resource journal*, 412-444.
- Cabeza, Á. M. (2008). Gestión del Ordenamiento Territorial en América Latina. *Cifot, Instituto*, 1-34.
- Cardona, O (2001). La necesidad de repensar de manera holística los conceptos de vulnerabilidad y riesgo. *Intrnational work conference on vulnerability in disaster theory an practice*. Wegeningen: Desenrredando Org.
- Cardona, J. G. (16 de Noviembre de 2017). Entrevista con encargado de la Gestión del Riesgo en el Municipio de Andes, Antioquia. (P. A. Alzate, entrevistadora)
- Cardona, S. G. (2009). *La producción orgánica de café en el municipio de Riofrío (Departamento del Valle del Cauca-Colombia)*. Ponencia presentada al Simposio “Encrucijadas de los mercados alternativos del café” en el marco del 53° Congreso Internacional de Americanistas. Medellín, Colombia.

- Chavez, J. D. (2010). *El espacio doméstico tras el soporte arquitectónico: claves para entender el sentido multidimensional de lo íntimo en el dominio del hogar*. DEARQ, 6-17.
- DANE. (6 de febrero de 2017). *Visor de proyecciones de población total por sexo y grupos de edad de 0 hasta 80 y mas años 2005-2020*. Tomado de http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/poblacion/proyepobla06_20/VisorCertificaPPO_Oct11.xls.
- DANE, IDEAM E IGAC. (2011). *Reporte 2010-2011*. Obtenido de DANE noticias: http://www.dane.gov.co/files/noticias/Reunidos_presentacion_final_areas.pdf
- Daviron, S. P. (2005). *La paradoja del café. Mercados globales, comercio de bienes primarios y la esquivo promesa del desarrollo*. Bogotá, Colombia: Federación Nacional de Cafeteros de Colombia, Organización Internacional del Café, Fondo Cultural Cafetero. LEGIS S.A.
- Daza, S. y Figueroa, A (2014). Factores que determinan la resiliencia socio-ecológica para la alta montaña Andina. *Ingenierías Universidad de Medellín*, 13(25).
- Douglas, M. (1996). *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*. Buenos Aires: Paidós.
- Escobar, A. (1994). Desarrollo sostenible: diálogo de discursos. *Foro*, 23, 98-112.
- Estrada, F. (2011). Por los senderos del café, la bebida del diablo: la historia económica y política del café en Colombia. *Credencial historia*, Numero 261.
- Evans, V. (2004). Percepción del riesgo y noción del tiempo. *Desastre y Sociedad*, vol 3 año 2, 3-13.
- Fernández, M. L. (2014). La vida cotidiana como espacio de construcción social. *Pocesos Historicos*, vol 25, 100-113.
- Galeano, C. C. (2017). *Guía Plan Escolar para la Gestión del Riesgo*. Bogota: Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres.

- García, V. A. (2005). El riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos. *Desacatos*, número 19, septiembre- noviembre de 2005,11-24.
- Giménez, E. H. (2008). *Campesino a Campesino: Voces de Latinoamérica*. Managua, Nicaragua: Simas.
- Giraldo, O. (2015). Agroextractivismo y acaparamiento de tierras en América Latina: una lectura desde la ecología política. *Revista Mexicana de Sociología*,77(4), 637-662.
- González, B. A. (2014). Percepción social de los eventos climáticos extremos: una revisión teórica enfocada a la reducción del riesgo. *Trayectorias* 16, 36-58.
- Guerrero, I. Q. (2010). El límite en el espacio doméstico: una aproximación desde y hacia la fenomenología-La Casa Río de Rogelio Salmona. *Revista La Salle*, 125-147.
- Guhl, A. (2004). Café y cambio de paisaje en la zona cafetera colombiana entre 1970 y 1997. *Cenicafé*, 29-44.
- Heller, A. (1985). *Historia y vida cotidiana*. Mexico: Grijalbo.
- Irene, A. A. (2012-2015). *Andes ciudad educadora*. Antioquia: Municipio de Andes.
- Isaza & Barrera, C.L. (2007). El caso de los sobrevivientes del deslizamiento de Villatina (Medellín, 1987). *Rev Fac Nac de Salud Pública* 25(1), 16-25.
- Kastenbaum, R. (1974). Disaster, death and human ecology. *Omega Journal of death and dying*, 65-72.
- Larsimont, R. (2014). Aproximación a los nuevos conceptos híbridos para abordar las problemáticas hídricas. *Revista del Departamento de Geografía*, 27-48.
- Lavell, A. (1996). *La gestión del desastre: hipótesis, conceptos y teorías*: FLACSO.
- Luhmann, N. (2006). *Sociología del riesgo*. México: Universidad Iberoamericana.

- M. Villegas, F. G. (2011). La investigación cualitativa de la vida cotidiana. Medio para la construcción de conocimiento sobre lo social a partir de lo individual. *Psicoperspectivas* 10(2), 35-59.
- Marini, R. M. (1991). *Dialéctica de la dependencia*. México: Era.
- Martínez, A. (20 de marzo de 2018). *Regiones naturales de Colombia*. Tomado de <http://www.todacolombia.com/geografia/regionesnaturales.html>.
- Mejía, E. A. (2011). *Transformaciones y perspectivas de la caficultura en Colombia, tras la liberación del mercado mundial del café*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Montoya, L. Silva, S. y González, J (2009). Evaluación de zonas de amenaza por avenidas torrenciales utilizando metodologías cualitativas. caso de aplicación a la quebrada Doña María. *Ingeniería Universidad de Medellín* 8(15), 12-29.
- Naciones Unidas (2011-2012). *Informe Anual. El futuro sostenible que queremos*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Petit, B. C. (2015). Nuevas formas de apropiación simbólica del espacio doméstico y clase media en la Ciudad de México. *Alteridades* 25(4), 81-91.
- Polanco, B. (2005). Compilación y análisis de los desastres naturales reportados en el Departamento de Antioquia exceptuando los municipios del Valle de Aburrá-Colombia, entre 1920-1991. *Ingeniería y Ciencia*, 45-65.
- Ponty, M. (1945). *Phénoménologie de la perception*. París: Ed. Gallimard.
- Restrepo, G. (2002). *Andes identidad y memoria*. Andes: Secretaría de Educación de Andes.
- Ríos, D. (2011). Una aproximación a las relaciones entre espacio urbano y riesgo de desastres. Dos casos de estudio para el centro y la periferia inundable del Aglomerado Gran Buenos Aires. *GEOUSP*, 184-198.
- Rodríguez, S. P. (2007). *El fomento de la agricultura y del cultivo del café en Antioquia*. Medellín: Universidad de Antioquia.

- Botero Paez, L. G. (2010). Arqueología de lo doméstico en Colombia. *Boletín de Antropología* 24(41), 242-282.
- Santamaría, J. D. (2008). Hogar en tránsito: apropiaciones domésticas de la vivienda de interés social (VIS) y reconfiguraciones del sentido de hogar. *Antípoda* (7), 31-61.
- Scott, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Ediciones Era.
- Siegrist, M. Gustcher, H. (2006). Flooding risk: A comparison of lay peoples perception and experts assessments in Switzerland. *Risk analysis*, 971-979.
- Silva, C. P. (2014). Las múltiples alteridades en el desarrollo: más allá de la interculturalidad étnica. *Revista de Antropología Social* (9).
- Spluga, L. M. (2008). La representación del espacio doméstico en cinco poetas de América Latina. *Folios-Segunda época* (28), 24-37.
- Suárez, A. M. (2007). *El modelo agrícola colombiano y los alimentos, en la globalización*. Bogota, Colombia: Aurora.
- Uribe, M. L. (2014). La vida cotidiana como espacio de construcción social. *Procesos Historicos* (25), 100-113.
- Verdugo, A. & Lomeli, D . (2003). Percepción del riesgo, conducta pro ambiental y variables demograficas en una comunidad de Sonora, México. *Region y Sociedad* 15(16).
- Villegas, M. (2011). La investigación cualitativa de la vida cotidiana. Medio para la construcción de conocimiento sobre lo social a partir de lo individual. *Psicoperspectivas*, 35-59.
- Wilches-Chaux, G. (1993). Vulnerabilidad global. En: A. Maskrey, *Los desastres no son naturales*, 11-41. La Red.
- Zuluaga, L. (2007). Conformación del territorio cafetero en el Centro Occidente Colombiano. *Revista Ambiental* 2(2), 61-69.